

II. LINGÜÍSTICA

DI GIOVANE, PAOLO.—*Studio sul perfetto indoeuropeo*. 3 vols. Roma 1990-1996, 399 + 318 + 76 pp.

Este es un importante estudio real y verdaderamente de Lingüística comparada, hoy día en que la bibliografía se orienta más bien hacia los estudios monográficos dentro de una especialidad, por más que traten a veces de, a partir de ahí, obtener perspectivas generales. Es un estudio apoyado en amplios conocimientos, buena bibliografía y excelente *acumen* crítico.

Esta reseña se refiere al vol. II («La posizione del perfetto all' interno del sistema verbale indoeuropeo»), que ha aparecido en 1996 en unión del III, que contiene unos completísimos índices. Pero es ocasión para recordar, también, el anterior vol. I, que no tuvo reseña en esta revista.

En él, el autor explicaba minuciosamente cómo en las diversas lenguas indoeuropeas es rarísimo, explicable por razones particulares, que haya formas de perfecto en los verbos estativos. Esto era lógico esperarlo; y ponía las bases para el volumen siguiente.

Su conclusión, muy resumidamente, es que el perfecto es una formación caracterizada no sólo por las desinencias, también por el vocalismo y la reduplicación y que es paralela a otras formaciones de *Aktionsart* (causativos, de estado, etc.) con las que con frecuencia coincide en algunos de los rasgos formales antes mencionados. Se opone, con razón, a hipótesis que ven en todo tema con *-o- y en otros más derivados del perfecto; a la hipótesis de Neu de que existió en het. un proto-medio-perfecto, de que se trataba originalmente de una diátesis; y a otras que atribuyen valor de estado a las desinencias de perfecto.

En todo esto y en las conclusiones generales, que no se alejan mucho de las mías en diversos trabajos, me manifiesto de acuerdo. No sé, solamente, por qué en p. 246 n. me atribuye la opinión de que el perfecto sea una formación deverbativa «de base aspectual»: esto no lo he dicho nunca, lo demás sí.

Y es especialmente satisfactorio el estudio de detalle de la forma y función de la reduplicación y de vocalismos del tipo de los del perf. Y la conclusión de que formas como estas en bált. y esl. y en otras lenguas no proceden de un perfecto (cf. p. 38 ss., 59 ss., 152 ss., etc.: la *-o- es un elemento deverbativo). Lástima que piense de otro modo sobre los pretérito-presentes del germ. (p. 26 ss.). En cuanto a la reduplicación, tiene en el origen un valor morfológico de «individuazione» (p. 119).

Pero no puedo evitar entrar en las diferencias que a veces me separan del autor. Son dos esenciales: en relación con el anatolio; y en relación con la falta de una mentalidad estructural (vagamente presente, sin embargo, cuando se habla de «individuazione»).

En p. 26 ss. el autor vacila entre la tesis del arcaísmo del hetita y la tradicional de que el hetita rehace una conjugación anterior con perfecto incluido; cf. también p. 187. No decide nada, habla sólo de «prudenza». En realidad, en la práctica su proceder es correcto, el hetita sólo se utiliza en relación con el origen del perf. dentro del tema de pres. y de la voz med.

Pero mi posición es expuesta en forma insuficiente (p. 47): atribuyo al het. «una posizione flessionale ancora presoché indifferenziata». Bien poco claro: en realidad lo que yo vengo proponiendo desde 1962 es una flexión monotemática, y no por razones de simplicidad, como se dice, sino porque puede demostrarse que los distintos temas verbales surgen de oposiciones o «couplings» de los temas que previamente eran independientes.

No veo tampoco claro por qué mi originalidad ha sido «puntigliosamente reivindicata» (p. 46) respecto a Meid y Neu. Puntillosamente o no la cronología habla a mi favor y en *IF* 1992 hice ver bien claramente cómo W. Meid, que previamente había escrito contra mi teoría, a partir de un momento no hizo otra cosa que seguirla sin citarme (con «maggiore fortuna», ciertamente).

Aparte de esto, tras criticar la timidez de di Giovane en este punto, lo esencial es que se ha evitado ver perfectos «perdidos» en anatolio.

Faltan en el libro, también, como he dicho, puntos de vista estructurales, que habrían hecho precisar mejor al autor ciertos puntos en los que sustancialmente coincidimos. Esos estativos del het. provistos de ciertos rasgos formales, sólo mediante oposiciones a otros temas de igual raíz se hicieron temas independientes de perf. Y el perf. como «serie limitada a la voz activa» sólo quedó definido como activo por oposición a voces medias recientes, que él reconoce. El perf. original no tenía voz ni tiempo ni modo: la coincidencia de sus desinencias con las de voz media depende de que éstas quedaron polarizadas frente a las activas, las de perf. frente a nuevas medias (y luego se hizo ind. frente a formas de subj.).

También se evitarían ciertos errores, como el proponer (p. 118 ss., 187) que *woyd viene de un reduplicado *wewoyd y que aesl. vědě es, contra lo que se dijo al comienzo del libro, una traza de perf. No: el perfecto no sólo no existía todavía en anatolio (aunque sí varias de sus bases semánticas y formales) y no se creó en todo el IE III.

Se creó cuando y donde ciertos temas en que se unían ciertas características formales (no siempre todas) y semánticas se opusieron a otros diferentes desde ambos puntos de vista. Pero incluso en lenguas en que el perf. se creó, subsistieron como verbos aparte, dentro del sistema de presente, formas desde luego sin perf. (como vio di Giovane en su vol. I) que no son perfectos todavía: tales los pretérito-presentes del germ. o como lat. *odi, noui*. El IE politemático dotado de un perf. respetó a veces formas idénticas pero aisladas, fuera del nuevo sistema al no oponerse a otros temas.

En fin, un libro bien informado y, sobre todo, creativo, con una crítica directa y personal. En el tema del anatolio y de la creación mediante oposiciones sucesivas del sistema IE con varios temas, debería avanzar un paso más.

FRANCISCO R. ADRADOS

ADRADOS, F. R. - BERNABÉ, A. - MENDOZA, J..—*Manual de Lingüística Indoeuropea II. Morfología nominal y verbal*. Madrid, Ediciones Clásicas, 1996, XXIV + 403 pp.

Cuando tuve la oportunidad de reseñar en esta misma revista el primer volumen de este manual, dedicado a la fonética, señalé la dificultad que entraña la materia de la que es objeto. En el terreno de la fonética indoeuropea quedan todavía algunos puntos oscuros que los especialistas tratan de resolver con mayor o menor acierto. En el caso de la morfología, la dificultad es aún mayor si partimos de la base de que hay que tratar con tres niveles o estadios del indoeuropeo reconstruido. En el prólogo del primer volumen se nos hablaba de estos estadios, pero es ahora cuando se va a hacer patente que el origen de las categorías morfológicas está ligado a las diferentes fases por las que el indoeuropeo atravesó. Obviamente, el *Manual* se podría haber situado en el indoeuropeo III que es el que reflejan la mayor parte de las lenguas indoeuropeas y haber acudido a estadios preflexionales y monotemáticos (Indoeuropeo I y II respectivamente) para explicar tal o cual desarrollo o el origen de una categoría concreta. En el presente volumen los diferentes estadios

por los que atravesó lo que llamamos indoeuropeo están presentes en todas y cada una de las cuestiones. Esto dificulta un poco la lectura, como el propio autor declara en la nota preliminar. En este sentido el volumen es menos aséptico, si se me permite la expresión, que el anterior. El profesor Adrados, que tanto ha contribuido al desarrollo de la Lingüística Indoeuropea en España, expone en el manual sus teorías y su visión particular de cada una de las cuestiones planteadas. Eso sí, en esta ocasión aparecen mencionadas teorías que difieren de su planteamiento, por lo que es posible hacerse una idea de lo que es *communis opinio* y lo que no.

El volumen, pues, se inicia con una nota en la que el autor advierte de la dificultad de la materia y de la utilización de laringales con apéndice, según la teoría del propio Adrados. Consciente de ello, cada capítulo lo inicia con una breve introducción que presenta el esquema y el índice del mismo, en aras de un mejor seguimiento y comprensión. A continuación se ha introducido una bibliografía suplementaria que recoge tanto libros y artículos nuevos como algunas obras que, por error, habían quedado fuera del primer volumen.

El capítulo I es una introducción a la morfología indoeuropea, donde se nos habla de la palabra como unidad fundamental, de las raíces, de la formación de los temas, sufijos, prefijos, etc. y desinencias. El capítulo II se centra en el nombre y el adjetivo en el indoeuropeo III, sus temas, su flexión y desinencias, los paradigmas de la flexión nominal y la gradación del adjetivo. En el capítulo III se nos describe la situación del anatolio frente al indoeuropeo III y la flexión nominal del hetita y otras lenguas anatólicas, para pasar en el capítulo IV a hablar de los orígenes de la flexión nominal en la fase preflexional o protoindoeuropeo (IE I). Aquí es donde se explica el origen de las diferentes categorías morfológicas del IE, casos, género, adjetivo.

Los capítulos V a VII se centran en el verbo indoeuropeo. Primero se da un panorama general de la flexión verbal, para pasar seguidamente a explicar los temas de presente, de aoristo y pretérito, de perfecto, de futuro, modales, así como las desinencias y las formas nominales del verbo. Paralelamente a la flexión nominal, hay un capítulo dedicado al verbo en anatolio y en el indoeuropeo II, para, finalmente, en el último capítulo explicar los orígenes de la flexión verbal y el verbo en la fase no flexional o protoindoeuropeo.

La organización de los capítulos nos parece correcta y la dificultad de seguimiento de alguno de ellos obedece a la complicación de la materia que se está analizando y, quizá, a una excesiva anticipación de lo que se va a decir en capítulos posteriores, con constantes llamadas de atención sobre excepciones a tal o cual tratamiento que dan idea de la complicación de describir y analizar las sucesivas fases por las que atravesó lo que llamamos indoeuropeo. A esto hay que añadir un uso excesivo de abreviaturas que, a veces, dificultan la lectura, y cuyo empleo no siempre es homogéneo. Como ejemplo citaré el caso de «arcaico» que aparece como *arc.* en la frase «Todo esto da la imagen de una lengua, al tiempo que *arc.*, evolucionada» (p.118), pero unas páginas después se dice «hecho arcaico» (p. 123), o «animado» e «inanimado» que unas veces se abrevia *anim.* / *inanim.* respectivamente, pero también y en la misma página *an.* (p. 80). Igualmente, creemos que hubiera sido útil, especialmente para los lectores menos expertos, haber dado las traducciones de las formas utilizadas como ejemplos en todos los casos, y no sólo en algunos.

Todo ello, sin embargo, no resta valor al manual, que viene a llenar un vacío existente en español y que es, en cierto modo, una actualización de la *Lingüística Indoeuropea* (Madrid 1975) del propio Adrados, ampliada con referencias bibliográficas. Evidentemente, quienes no comparten algunas o todas las teorías del profesor Adrados tienen en el presente volumen las indicaciones necesarias para encontrar explicaciones alternativas, lo que, a

nuestro juicio, lo hace especialmente útil para todos aquellos interesados en la materia. Al margen de las discusiones que algunas teorías del autor puedan suscitar, lo que es manifiesto es que el profesor Adrados fue pionero en el desarrollo de una concepción del indoeuropeo que se alejaba de la doctrina tradicional y neogramática y que posteriormente ha sido, en muchos casos, ratificada por diversos autores. Cuestiones como el arcaísmo del hetita, la creación de la flexión nominal y verbal a partir de estadios menos diferenciados, la adaptación de temas puros a diversas funciones y su posterior gramaticalización, son ejemplos de una manera de proceder que se adelantó a su tiempo.

Por todo ello, creemos que este volumen supone una importante contribución al desarrollo de la lingüística indoeuropea y su lectura y consulta es obligada para todos aquellos que quieran adentrarse en la difícil materia de la morfología indoeuropea con rigor y con una visión moderna y atrevida, sin dejar de lado las opiniones ajenas.

ROSA PEDRERO

MEID, WOLFGANG.—*Celtiberian Inscriptions*. Budapest, Archaeolingua, 1994, 62pp.—*Kleine keltiberische Sprachdenkmäler*. Innsbruck, 1996, 61pp.

En estos dos pequeños libritos Wolfgang Meid nos presenta su interpretación de un número importante de textos celtibéricos. Su contenido se solapa parcialmente, pues en ambos se estudian la gran inscripción de Peñalba de Villastar, el bronce de Luzaga y el bronce *re*. El libro publicado en alemán contiene, además, el análisis de algunas inscripciones celtibéricas «menores» y el publicado en inglés añade un resumen de sus propuestas sobre Botorrita I, texto al que con anterioridad ya había consagrado una monografía.

Como apreciación general debemos decir que ambos libros pecan de optimismo, pues en ellos alienta la idea de que hoy ya es posible entender prácticamente en su totalidad el contenido de las inscripciones celtibéricas más largas, lo que — lamentablemente — no es así. Meid avanza en estas publicaciones hipótesis y propuestas — algunas de ellas interesantes y otras, en cambio, muy dudosas —, pero en absoluto deja zanjada la cuestión de cómo han de interpretarse estos textos.

No me detendré a comentar sus propuestas sobre Botorrita I, pues, como acabo de señalar, aparecen más extensamente desarrolladas en una monografía ya reseñada en las páginas de esta revista (v. *Emerita* 63, 1995, pp. 150-151).

Comenzando por la gran inscripción rupestre de Peñalba de Villastar, resulta clara la aparición dos veces del nombre del dios Lug en dativo (*Lugei*) y la identificación de *comeimu* y *sistat* como formas verbales, lo que ya figuraba en la bibliografía anterior. Pero las deducciones que a partir de estas constataciones hace Meid no pueden aceptarse sin más. Por ejemplo, da por hecho que *sistat* tenga un valor causativo, para lo que remite a la oposición lat. *stolsisto*, y esto le lleva a buscar un sujeto (sg.) y un complemento directo para la segunda oración, que encuentra, respectivamente, en *ocris* y *togias*. Sin embargo, el valor causativo de la forma no es seguro (cf. gr. ἵστημι, transitivo e intransitivo), por lo que tal vez sólo sea necesario identificar un sujeto, que estoy de acuerdo en pensar que es *ocris*. Por su desinencia, *togias* podría ser perfectamente un gen. sg. fem. dependiente de *ocris* y que formaría sintagma con *olocas*. En cuanto a la posibilidad de entender *tiaso* como un préstamo (gr. θιάσος, lat. *thiasus*), soy bastante escéptico, pero aceptar que se trata de un dativo me cuesta todavía más trabajo y, más aún, aceptar que lo sea también *ticino*, cuando aquí ni siquiera cabe aducir que se ha conservado tal cual el dativo latino

en *-o*. La necesidad de entender *eni orosei* como dos palabras o como un compuesto es una vieja cuestión que Meid resuelve a favor de la segunda posibilidad, tal vez con razón, pero sin que pueda hablarse de certeza absoluta.

De la tésera de Luzaga sigue sin estar clara ni siquiera la sintaxis, a pesar de que Meid termine su estudio de este documento afirmando que queda dilucidado el marco interpretativo general que podrá irse afinando en el futuro. Me parece muy forzada su explicación de *elasunom* como forma verbal dada la existencia de los antropónimos *elasuno* y *elasuna* en Botorrita III. La crítica a la interpretación de *tekes* como forma verbal parece aceptable, pero no así su propia propuesta. Meid defiende que se trata de un locativo adesinencial de la palabra para 'casa', pero el hecho de que la silbante final sea *-s*, es decir, una sonora y no *-š*, una sorda, obligan a pensar, de acuerdo con los recientes estudios de Francisco Villar, que o bien ha caído una vocal (es decir, que la forma proceda de **tegesi*, con pérdida de **-i* final), o bien nos encontramos ante una **-d* final originaria, pero en ninguno de los dos casos la forma puede utilizarse en apoyo de la interpretación de los dativos irlandeses tipo *tig* como originariamente adesinenciales y, menos aún, para rechazar propuesta alguna de interpretación de las desinencias conjuntas del verbo irlandés. Personalmente me inclinaría a ver en *tekes* la continuación de una forma de ablativo **deked* o **dheked*, de un tema **dek* o **dhk-* (cf. lat. *iu-dex*, *ponti-fex*). En cuanto a *ueisui*, su interpretación como «Gastfreund»/«hospes, ξένος», es decir, un derivado de **weids-*, formación de desiderativo en *-s* de la raíz **weid-/wid-*, podía ser justificable en el libro aparecido en 1994, pero ya no en el de 1996, posterior a los estudios de Villar que demuestran que celtib. *-s-* puede proceder simplemente de **-d-* intervocálica.

Esta última cuestión me lleva también a poner en duda las interpretaciones que hace Meid del bronce *re*, ya que una de las palabras clave para defenderlas es precisamente *ueisiai*, que interpreta, como ya se hacía en la bibliografía anterior, como una palabra relacionada con *ueiso*. Sin embargo, dado que ya no podemos aducir razones fonéticas para postular que esta última palabra proceda de la forma de desiderativo y signifique, en consecuencia, 'el que quiere ver' = 'el visitante, ξένος', no hay ya argumentos para defender que un derivado de ella signifique «hospitalario». Del resto de las propuestas relativas a este bronce destacaré dos que me parecen especialmente interesantes: el análisis de *uameiste* como un compuesto cuyo primer elemento procedería de **upamo* 'el más alto' mientras que el segundo sería una forma de la raíz **stā-/stH₂-* y la identificación del segundo término de *es-ianto* con galo *iantu-*, a.irl. *ét* 'celo, orgullo'.

Como decíamos, el volumen en alemán contiene, además, algunas consideraciones sobre textos como la pátera de Tiermes y las téseras de Arecorata, de Uxama y de Cortono, sin que pueda decirse que haya realmente un avance en su comprensión. Por citar algunas de las propuestas nuevas, *esainis* en la tésera de Uxama es interpretado como un compuesto con el prefijo *es-* y una forma de la raíz **ai-* 'dar' y para *ata* de la tésera de Arecorata se plantea la posibilidad de que no estemos sino ante una forma pronominal compuesta procedente de **ā-tā*.

SCHMIDT, KARL HORST.—*Celtic: A Western Indo-European Language?*, Innsbruck, 1996, 26pp.

Este folleto de los *Innsbrücker Beiträge* recoge el texto de una conferencia pronunciada en Dublín por el Prof. Schmidt en el año 1996 y que lleva el inquietante título «El celta, ¿una lengua indoeuropea occidental?». La clasificación del celta como lengua indoeuropea occidental forma parte de la *communis opinio* y abrir una exposición de este tipo con un interrogante nos adelanta ya que el Prof. Schmidt va a introducir cuando menos alguna incertidumbre en la opinión general.

El texto se organiza en siete partes, en las que de una forma muy estructurada se pasa revista, al principio, a cuestiones generales relativas al concepto de proto-celta y de indoeuropeo occidental, así como a la metodología que permite el establecimiento de la cronología relativa de las isoglosas que las lenguas de una rama como la celta comparten con otras lenguas de la familia indoeuropea.

A partir de aquí se intenta diferenciar cuáles de las isoglosas compartidas por el celta con otras lenguas indoeuropeas pueden deberse a conservación de arcaísmos desde la época de comunidad, cuáles a contacto reciente y cuáles a contacto antiguo, señalándose acertadamente que sólo las isoglosas del último tipo resultan válidas para determinar el mayor parentesco del celta con unas u otras lenguas indoeuropeas.

Entre los arcaísmos se suele clasificar un buen número de correspondencias lingüísticas y culturales con el grupo indo-iranio. A veces el carácter de arcaísmo resulta muy probable, pero el problema ha sido — y aquí es donde radica el interés fundamental de la obra del Prof. Schmidt — que se ha tendido a dar esta explicación sistemáticamente para todas las isoglosas existentes entre estas áreas, lo cual puede haber desvirtuado la clasificación dialectal de las lenguas celtas. Se detiene el Prof. Schmidt (pp. 21-26) sobre los futuros en **-sye-/*-syo-*, los desiderativos en **-se-/*-so-* y la declinación del relativo **yos*, que, por análisis diacrónico dentro del conjunto de lenguas indoeuropeas, no pueden ser arcaísmos, sino que han de ser innovaciones que acercan el celta a ramas orientales como el indo-iranio, el frigio, el eslavo o el báltico, y también al griego, lengua considerada habitualmente como de transición. Estas correspondencias y otras de carácter léxico y fonético enumeradas sumariamente en la p. 25 apuntarían a que el celta no es una lengua tan "occidental" como se piensa habitualmente. Con todo, el valor de algunas de ellas para acercar el celta a lenguas *satəm* no deja de ser discutible. Tal es el caso de la pérdida de la oposición fonológica entre oclusivas sonoras y sonoras aspiradas, fenómeno que únicamente podemos constatar en celta, eslavo y báltico, lo que podría apuntar a un fenómeno areal europeo.

Entre las isoglosas recientes (pp. 20-21) se incluyen, en cambio, correspondencias léxicas con las lenguas germánicas y gramaticales y fonéticas con las lenguas itálicas. No hay ningún problema en el primer caso, pero, por lo que se refiere al segundo, las cosas no están tan claras. Por ejemplo, aceptar que la isoglosa ítalo-celta **p ... k^w > *k^w ... k^w* se debe a innovación común tardía implica tomar partido de forma indirecta en la polémica, desatada a propósito del celta de España y los testimonios de conservación de *p-* en la península Ibérica, sobre la posibilidad o no de la existencia de lenguas celtas con *p-* inicial conservada, ya que la pérdida de *p-* inicial (e intervocálica) se considera habitualmente condición *sine qua non* para clasificar una lengua como celta. Aceptar que la asimilación en la secuencia citada de **p ... k^w* es tardía, cuando por razones evidentes de cronología relativa ha de preceder a la desaparición de *p-* inicial, supone dar por hecho que el proto-celta conservaba la *p-* en el momento de contacto (secundario) con las lenguas itálicas. Más

fácil me resulta aceptar el carácter tardío de los superlativos en **-ism^omos* (que, dicho sea de paso, yo preferiría reconstruir como **-is^o(^o)mos*) a la vista de formaciones en *-(^o)mos* en latín y en celta continental, pero no encuentro razones para considerar que el desarrollo de los subjuntivos en *-ã* sea más reciente que el de los futuros en **-sye-/*-syo-* (restringidos al galo) o los desiderativos en **-se-/*-so-*.

Valorada globalmente, la contribución del Prof. Schmidt me parece un importantísimo aporte como punto de partida para una reflexión sobre la clasificación dialectal del celta dentro de la familia indoeuropea que obliga a replantearse cuestiones normalmente descuidadas al haberse centrado los debates dialectológicos relativos al celta sobre su unidad originaria o no con las lenguas itálicas.

EUGENIO RAMÓN LUJÁN MARTÍNEZ

SABANÉÉVA, M.—*Essai sur l'évolution du subjonctif latin. Problèmes de la modalité verbale*. Louvain - Paris, Peeters Press, 1996, 184 pp.

Esta obra estudia la evolución del subjuntivo y de la expresión de la modalidad verbal en latín arcaico, clásico y tardío, basándose en la distinción de funciones primarias y funciones secundarias de las formas gramaticales propuesta por E. Kurylowicz (*Otcherki po lingvistike*, Moskva 1962) y E. Koschmieder (*Primäre und sekundäre Funktionen*, Wiesbaden 1962). Conforme a esta distinción, la función primaria representa el valor paradigmático por excelencia, mientras que la secundaria resulta de la interacción entre las unidades de la lengua y tiene que ver con un contexto-tipo, pero también es un hecho de lengua. Según este autor, en el sistema se operan de forma lenta y sin que los hablantes noten ruptura modificaciones por las cuales una función secundaria puede convertirse en función primaria. En una misma pueden coexistir un valor en vías de extinción y uno nuevo, que proviene de una función secundaria, de modo que la validez ininterrumpida del sistema queda asegurada y no se resiente la comunicación.

En latín arcaico, concretamente en las comedias de Plauto — el autor excluye de esta parte a Terencio debido a que, según él, muestra sensibles diferencias que anuncian ya los usos clásicos — la función primaria y dominante del subjuntivo es la de volición, el resto son funciones secundarias. En esta función el subjuntivo entra en concurrencia con el imperativo, si el sujeto que debe realizar la acción es el mismo que el destinatario del mensaje y con los verbos modales de obligación, cuando la volición se refiere al pasado o cuando se expresa la volición del interlocutor dentro de una oración interrogativa.

Los verbos modales de posibilidad en subjuntivo ponen de relieve la función optativa del modo y *posse* + infinitivo sólo es sinónimo del subjuntivo si el sujeto es indeterminado. La eventualidad, por su parte, es una función secundaria del subjuntivo, ya que tiene lugar dentro de períodos hipotéticos, que son contextos marcados y también puede ser expresada por los verbos modales en perfecto de indicativo + infinitivo. La modalidad epistémica, sin embargo, no está entre las funciones del subjuntivo.

Por lo que respecta a las formas temporales del subjuntivo hay una repartición singular entre sus funciones modales:

volición en presente-futuro es expresada por el presente y el perfecto y en pasado, por el imperfecto;

la optatividad en presente-futuro incumbe al presente y al imperfecto -si se quiere acentuar irrealidad- y en pasado, al imperfecto y al pluscuamperfecto;

la eventualidad en presente-futuro la expresa el presente; la eventualidad irreal en presente, el imperfecto; la eventualidad en futuro, el perfecto y la eventualidad en pasado, el imperfecto y el pluscuamperfecto;

la posibilidad indefinida omnitemporal corre a cargo del presente, mientras que la posibilidad indefinida en pasado, incumbe al imperfecto

el subjuntivo de interrogación en presente-futuro se representa con el presente y en pasado, con el perfecto.

Junto a estas funciones del subjuntivo en oraciones independientes hay dos que están fuera del cuadro de la modalidad verbal y están marcadas pragmáticamente: la réplica polémica y la afirmación atenuada. La primera testimonia la agresividad del interlocutor. La segunda la deferencia. La distribución de tantas funciones modales entre las formas temporales se debe al intento de evitar una polisemia gramatical excesiva en cada forma.

Por lo que respecta al latín clásico, el subjuntivo tiene dos valores independientes de un contexto específico marcado, los cuales tienen en común la no constatación del proceso en la realidad: volición y eventualidad. Pero la volición puede ser expresada además por *debere* y la eventualidad por los verbos modales en un tiempo pasado de indicativo.

Respecto al reparto de los tiempos, las formas temporales adquieren nuevas funciones respecto al latín arcaico: el imperfecto de subjuntivo sirve para expresar la eventualidad en cualquier tiempo, suplantando así prácticamente al presente; el pluscuamperfecto entra en una situación equívoca, por un lado, influido por el imperfecto, expresa otros tiempos, por otro lado, tiende a expresar esencialmente pasado, debido a su marcado valor aspectual; el perfecto, como el imperfecto, no se circunscribe a ninguna época precisa. El sistema del subjuntivo en latín clásico presenta muchos puntos débiles que darán lugar a una reestructuración prerromance de los modos.

En cuanto al bajo latín, las funciones dominantes del subjuntivo siguen siendo volición y eventualidad y las secundarias parecen ser las mismas que presenta en latín clásico; ahora bien, es muy posible que este sistema no refleje el uso corriente sino la tradición escrita. Por otro lado, los verbos modales en un tiempo de pasado de indicativo expresan la eventualidad de un proceso posible o necesario y prefiguran el condicional romance. El verbo *habere*, a diferencia de *posse* o *debere*, expresa sólo la eventualidad del proceso significado por el infinitivo, despojado de todo valor léxico de posibilidad o necesidad, de esta forma comienza el proceso de gramaticalización de este giro, que ya estaría avanzado en época clásica (cf. *mandare... habebam* en Ov., *Tristia*, I 1, 123). El proceso se debe a que las dos funciones modales dominantes expresadas por el subjuntivo se reparten de la siguiente manera: el presente de subjuntivo expresará sólo la volición y las otras formas, sólo la eventualidad. Dentro de la expresión de la eventualidad, el pluscuamperfecto se referirá a las épocas pasada y presente y el imperfecto se hará atemporal. El perfecto, por su parte, dejará de usarse definitivamente. La eventualidad en el espacio temporal presente-futuro será ocupado por la estructura sintáctica que da origen al condicional.

Capítulo especial merece a este autor el estudio del «futuro desde el pasado», aunque no concierne directamente a las funciones modales del subjuntivo latino. Este tiempo se expresaba en latín arcaico y clásico por medio de la perifrástica en *-urus* o la construcción de acusativo con infinitivo. Pero en latín tardío se desarrollan otros modos para expresarlo: el imperfecto de subjuntivo; el giro infinitivo + *habebam* (*habui*), que ya se encuentra en

Cicerón y es de donde proviene la forma romance; o la estructura infinitivo + *debebat*, que en francés continúa expresando la representación prospectiva de una acción pasada afirmada por el locutor.

Este estudio tiene, en resumen, la gran ventaja de estudiar distintas sincronías sin desatender a la diacronía. De esta forma el lector puede hacerse perfecta idea de los valores del subjuntivo en latín arcaico, clásico y tardío y de los otros medios con que cuenta la lengua latina para expresar esos mismos valores, al tiempo que percibe los cambios que se operan en el sistema, así como los factores que los propician, por ejemplo, el hecho de que el presente de subjuntivo se especialice en la expresión de la volición hace que el sistema recurra a una nueva forma de expresar la eventualidad en la esfera temporal presente-futuro (forma que dará origen al condicional de las lenguas romances), mientras que la contradicción entre los factores objetivo y subjetivo del contenido gramatical es la causante de que las formas de pasado expresen presente-futuro.

CRISTINA MARTÍN PUENTE

FORMICOLA G.—*Studi sull'esametro del Cynegeticon di Grattio*. Napoli, Loffredo, 1995. 208 pp.

Como indica en la Premessa el autor intenta profundizar en las relaciones de interdependencia existentes entre instrumento rítmico y elemento semántico y aplicar al estudio de las cláusulas, de las cesuras o diéresis y de las pausas de sentido, criterios actualizados. Estudia además el valor y la función del monosílabo y de las palabras pirriquias, todo ello, como el título indica, dentro del hexámetro del *Gynegeticon* de Gracio. Parte del principio de que la métrica converge con los contenidos y enriquece la expresividad de éstos, convirtiéndose así en uno de los elementos fundamentales de estilo y afirma que en el autor citado hay señales evidentes de ello. Admite la existencia del texto poético alusivo, construido con la misma estructura métrica que el modelo o, por el contrario, con una estructura opuesta a aquélla, con lo que el estudio de la métrica de una obra dada puede formar parte también de la intertextualidad.

Formicola considera posible explicar el fenómeno métrico mediante fenómenos léxicos, lingüísticos, sintácticos y estilísticos; toma como base para su estudio la edición realizada por él (*Il Cynegeticon di Grattio*. Introduzione, testo critico, traduzione e commento a cura di C. F., Bologna, 1988).

En el primer capítulo «Metrica e metrica verbale» el estudio de los 16 esquemas existentes, de los que se indican los porcentajes, muestra la preferencia del poeta por el dáctilo en el primer pie y por el espondeo en el cuarto. En posición inicial prevalecen los monosílabos. En el segundo pie no hay coincidencia de pie con palabra o fin de palabra, lo que, a juicio de Formicola, es prueba de una evolución refinada del hexámetro. Tras el estudio del tercero y cuarto pie se presta atención a las cláusulas, que, al no contener el poema hexámetros espondeicos, presentan siempre las formas de [dáctilo + dáctilo cataléctico] o de [dáctilo + espondeo]; estas cláusulas, o la última palabra del hexámetro y la primera, o bien la última del hexámetro y la que se encuentra en la cesura principal, presentan a menudo aliteraciones o asonancias intencionadas. Las cláusulas pueden contener juegos paronomásticos, o pueden establecerse éstos entre la cláusula y el final del primer hemistiquio o entre la cláusula y el comienzo del hexámetro; existen también posibilidades de juegos fónicos en otras posiciones. Se pasa revista después al reparto y frecuencia de las

palabras (monosílabos, pirriquios, troqueos, yambos, espondeos, dáctilos, anapestos, anfibracos, baquios, palimbaquios, peones II y III, molosos, coriambos, jónicos *a maiore* y *a minore*, epítritos I y IV y otras de aspecto prosódico vario) en las distintas sedes y se consideran la elisión, la aféresis y el hiato, para pasar a continuación al estudio de las cesuras y diéresis y de los problemas que plantean, admitiendo la existencia de las tradicionales triémímera, pentemímera y heptemímera, así como la pausas del 2º, 3º y 4º troqueo, y la posibilidad de conexión entre pausa rítmica y sentido.

En el capítulo segundo («I monosillabi») se estudian éstos, sus variedades y posiciones, dedicando especial atención al *que* enclítico y elidido.

El tercer capítulo («Il pirrichio») está dedicado a las palabras pirriquias, sus clases y posiciones, y a los falsos pirriquios.

Siguen una abundante bibliografía (pp. 185-194), un índice de lugares citados de Gracio, otro de autores modernos también citados y el índice del volumen.

El estudio va acompañado de numerosos esquemas y cuadros que se intercalan en los capítulos correspondientes y refleja el conocimiento que el autor, como editor, traductor y comentarista del poema de Gracio, tiene del escritor romano.

Como suele ser frecuente, por desgracia, faltan en la bibliografía nombres y títulos españoles, algunos significativos, que deberían figurar en ella, ya que sólo incluye dos artículos de S. Mariner Bigorra y uno de B. Segura Ramos.

DULCE ESTEFANÍA

FUENTES MORENO, F. - LÓPEZ DELGADO, C.—*Scriptores Latini De Re Metrica, Concordantiae-Indices: Scholiastae*. Granada, Universidad, 1996. 504 pp.

Nos es grato señalar la aparición de un nuevo volumen de la colección *Scriptores Latini de Re Metrica*, debida al esfuerzo de un buen grupo de investigadores que trabajan en Granada bajo la dirección del profesor Luque Moreno. En este caso, la edición se debe al cuidado de F. Fuentes Moreno y C. López Delgado, que ya dejaron anteriormente constancia de su buen hacer con la publicación de otros dos volúmenes, entonces en solitario. Junto a ellos hemos de reseñar otros colaboradores: S. Cano, D. Cruz, G. Lachica, S. Villegas, A. Torres y el mismo J. Luque, encargados de recoger o analizar, según los casos, los textos de algunos de los autores aquí seleccionados.

En la presente publicación, siempre en forma de Concordancia — como se estipula en el título —, figuran todas aquellas noticias de interés métrico o prosódico que se hallan en dos grupos de obras que, aunque de naturaleza diferente, tienen en común el haber sido compuestas con una finalidad didáctica. Se ha trabajado, por un lado, con los comentarios que los estudiosos antiguos realizaron sobre los autores latinos clásicos, y, por otro, con las colecciones de glosarios latinos.

Con respecto a los comentarios acerca de textos en prosa, sólo se han conservado glosas en torno a Cicerón, unas realizadas por Q. Ascanio Pediano (ed. Clark, 1907) y la mayoría anónimas; éstas comprenden unos apócrifos publicados en el *Codex Sangallensis* y una serie de escolios que se distribuyen de la siguiente manera: *Scholia Bobiensia in Ciceronem*, *Scholia ex codice Ambrosiano*, *Scholia Gronoviana in Ciceronem*, *Scholia Cluniacensia* y *Scholia ex codice Vaticano* (ed. Stangl, 1912).

En el ámbito de la poesía, sin embargo, se ha podido recoger un buen número de escolios, la mayor parte referidos a Virgilio, pero sin que haya quedado desatendida la

producción poética de otros autores, por ejemplo, las comedias de Plauto y Terencio, o los poemas de un buen número de autores que van desde Horacio hasta Optaciano.

En cuanto a los dos comediógrafos, se han analizado las Didascalias, y con respecto a Terencio solo, los comentarios de Elio Donato y Eugrafio (ed. Wessner, 1905-8) y los *Scholia Bembina in Terentium* (ed. Mountford, 1934).

Los escolios dedicados a la obra virgiliana son sin duda los más numerosos y presentan datos de gran interés. Entre ellos, algunos son breves y de autores anónimos, y fueron recogidos y editados por Hagen en 1867. A su lado, aparecen otros de mayor extensión, el *Commentarius in Bucolica et Georgica* (ed. Hagen, 1902), atribuido a Probo, y la *Explanatio in Bucolica Vergilii* de Junio Filargirio (ed. Hagen, 1902). Con todo, las obras de mayor importancia son las *Interpretationes Vergilianae*, de Tiberio Claudio Donato (ed. Georgius, 1905-6) y los *Commentarii in Aeneidos libros, in Bucolicon librum et in Georgicon libros* (ed. Thilo-Hagen, 1881-7). Se han tenido en cuenta también algunos textos de Elio Donato transmitidos de forma indirecta (ed. Ender, 1909).

Con respecto a Horacio, se han recogido los escolios de Pomponio Porfirión (ed. Holder, 1984) y de Ps. Acrón (ed. Keller, 1902-4). Aparecen igualmente las explicaciones a textos de Ovidio (ed. La Penna, 1959), Germánico (ed. Breysig, 1867), Persio (ed. Jahn, 1843), Lucano (edd. Usener, 1869 y Endt, 1909), Estacio (ed. Jahnke, 1898), Juvenal (ed. Wessner, 1931), Prudencio (ed. Burnam, 1905), a la traducción latina de Arato (ed. Maas, 1898) y a los poemas de Optaciano (ed. Polara, 1973).

Muy aprovechables también han resultado los glosarios y similares: a saber, los *Glossaria Latina* (ed. Lindsay, 1926-1931), el *De fabula* y los *Excerpta de comoedia* de Evantio (ed. Wessner 1902) y el *De compendiosa doctrina* de Nonio Marcelo (ed. Lindsay, 1903).

Como puede percibirse por las líneas anteriores, el repertorio de las fuentes es grande, aunque no todas ofrecen la misma cantidad de datos prosódicos, ni todas son igualmente valiosas; sin embargo, el material que se ofrece resulta muy interesante y representa un digno complemento a los manuales antiguos sobre prosodia y métrica, que no debe desecharse.

Se inserta un índice de autores y obras con las siglas correspondientes, que resulta de gran utilidad para reconocer la trayectoria de términos y escritores, y otro con las abreviaturas correspondientes a los tipos de versos que se nombran y a algunos otros vocablos cercanos a su ámbito, habiéndose añadido las denominaciones que los estudiosos modernos han aplicado a determinadas estructuras antiguas, como en el caso de las distintas estrofas asclepiadeas. Se ha prescindido, en cambio, con respecto a la configuración de los volúmenes anteriores, de los índices de ejemplos y de fuentes, pues, al no tratarse de una exposición sistemática de doctrina, no han parecido necesarios.

Una vez más, este rico material léxico, recogido y analizado con gran pericia y precisión, servirá para clarificar y aquilatar conceptos, y a veces, incluso, a la mera curiosidad científica de los interesados en la métrica latina.

Reiteramos, de nuevo, nuestra felicitación al equipo investigador — en este caso muy especialmente a los profesores Fuentes Moreno y López Delgado — y el deseo de que esta prestigiosa colección continúe así su andadura.

LUQUE MORENO, J.—*De pedibus, De metris. Las unidades de medida en la rítmica y en la métrica antiguas*. Granada, Universidad, 1995. 357 pp.

Si por alguna razón tuviéramos que subrayar la nota más definitoria del libro que tenemos entre las manos, señalaríamos, sin duda alguna, que se trata de un libro sobre métrica antigua escrito para especialistas por un especialista.

Ciertamente el profesor Luque, que trabaja ya hace más de diez años en estos temas, es sin duda uno de los pocos expertos con el dominio de la materia suficiente como para sacar a flote este tratado, que nos ha parecido enjundioso y completo, y con una exposición sencilla dentro de su complejidad.

La principal dificultad reside sobre todo en lograr un acercamiento a las diferentes enseñanzas de los tratadistas griegos y latinos, cuyos textos, a veces muy escasos y a veces de dudosa interpretación, en ocasiones obstaculizan más que posibilitan la reconstrucción de una tradición doctrinal nítida.

El autor, sin embargo, y a pesar de los inconvenientes, ha querido abordar aquí el estudio de las unidades de medida en la rítmica y en la métrica antiguas, centrándose en el concepto de pie, la unidad básica de la teoría métrica, que constituye sin duda el punto clave para apreciar el proceso de configuración de la susodicha teoría, inmersa ya en el ámbito de los estudios sobre el lenguaje y emancipada además de la música, en cuyo seno había visto la luz (p. 11).

El trabajo del profesor Luque, cuya publicación se ha venido dilatando por razones de orden material mucho más de lo esperado, había ofrecido ya sus primicias en diversos artículos aparecidos en revistas especializadas y en un libro que se dio a la imprenta en el año 1994 bajo el título de *Arsis, Thesis, Ictus. Las marcas del ritmo en la música y la métrica antiguas*, razón por la cual algunos de sus planteamientos nos resultan ya conocidos.

El contenido de la obra aparece repartido en nueve capítulos que se distribuyen de la manera siguiente: los dos primeros contemplan la evolución de la teoría sobre el pie, con un amplio recorrido que parte de la rítmica aristoxénica; el tercero ofrece y comenta el *corpus* de los textos que constituyen la fuente para el establecimiento de la doctrina sobre el pie; el cuarto se ocupa de las definiciones del pie que nos suministran las fuentes; el quinto estudia las partes del pie, *arsis* y *thesis*; el sexto, el número y la clasificación de los pies; los capítulos séptimo y octavo, la enumeración y la denominación de los pies, respectivamente; y, por último, el noveno considera la relación que se establece entre pie y metro.

Según el detallado análisis del autor, el origen del denominado pie métrico se remonta a los principios y categorías rítmicas de Aristóxeno, el primero que dió en definir el ritmo como ordenación de las partes del tiempo (p. 14) y en establecer el pie como la entidad básica de producción y percepción del ritmo (p. 16).

Dado que en el ritmo los momentos temporales se organizan en grupos, cada elemento debe constar, al menos, de dos partes interrelacionadas, una de ellas es la parte marcada (*thesis*) y otra la no marcada (*arsis*): ambas se relacionan en virtud de una determinada *ratio* (λόγος) que constituye, en definitiva, uno de sus principales signos de identidad. Los pies pueden ser simples (ἰσοσύνθετοι) o compuestos (σύνθετοι) y se distinguen entre sí por una serie de rasgos diferenciales (διαφοραὶ ποδικαί), sobre los que se asienta su clasificación posterior: magnitud (μέγεθος), naturaleza (γένος), racionalidad (ῥήτος -ἄλογος), composición (ἰσοσύνθετος -σύνθετος), distribución (διαίρεσις), configuración (σχῆμα) y oposición (ἀντίθεσις).

En definitiva, un compás no es más que una magnitud temporal, es decir, una serie de χρόνοι πρώτοι organizada en partes, entre las cuales hay una proporción que determina el γένος y una relación posicional que determina el εἶδος, magnitud que puede admitir más de una realización. La magnitud τρίσημος es, según Aristóxeno, la mínima imprescindible para poder configurar un compás autónomo (es decir con capacidad para generar ritmo al repetirse indefinidamente): un compás cuyas dos partes (χρόνοι ποδικοί) no se confundan con la unidad temporal mínima (χρόνοι πρώτοι) y se perciban contrapuestas e interrelacionadas por una *ratio* (p. 26).

Posteriormente, se pueden reconocer dos escuelas derivadas del pensamiento de Aristóxeno, la de los χωρίζοντες, cuya definición del pie es claramente aristoxénica, y la de los συμπλέκοντες, que, al vincular la rítmica a la métrica, dejan de considerar el pie como unidad rítmica abstracta, concibiéndolo ya desde la realidad concreta del esquema métrico (p. 39).

Ya en época helenística, se asiste a una paulatina desintegración del conjunto de las artes musicales, a la par que se contempla el desarrollo de la actividad filológica, y, unido a ella, el de una serie de técnicas relacionadas con el análisis de la obra literaria, lo que obliga, necesariamente, a filólogos y gramáticos a poner su atención en las cuestiones relativas al verso, y a buscar una serie de categorías y principios metodológicos con arreglo a las cuales plantear su labor; para ello, y dada la afinidad de estos principios con los de la música, no dudarán en aprovechar los planteamientos de la rítmica o de la metro-rítmica anteriores.

En definitiva, las bases y las líneas generales del sistema de la doctrina métrica que se alcanzan a ver en los tratados tardíos remontan a las épocas más antiguas de la filología alejandrina y armonizan con la rítmica aristoxénica (p. 52).

Tras la revisión de las fuentes, el autor ha podido constatar una serie de hechos claramente sintomáticos de la progresiva desvirtuación de los principios y categorías rítmicas primigenias, desvirtuaciones que se produjeron generalmente en la línea de la confusión de niveles (ῥυθμός / ῥυθμοποιία, ῥυθμός / ῥυθμιζόμενον) y afectaron muy especialmente a la teoría del compás / pie (p. 52).

Para llevar a cabo su trabajo, el profesor Luque ha centrado su estudio en los tratados o capítulos denominados Περί ποδῶν / *De pedibus*, con un *corpus* de materiales relativamente amplio y procedente de contextos bastante variados, tanto en el ámbito griego como en el latino (p. 59). Es recorrido que abarca desde la primera exposición completa sobre el pie (cap. XVII del *De compositione verborum* de Dionisio de Halicarnaso, s. I a.C.) hasta un tratado de época renacentista (*Liber de metris poeticis* del pseudo-Dracón), pasando por autores tan dispares como Hefestión, Terenciano Mauro, Sacerdote, Diomedes, Donato y San Agustín, sin olvidar a los retóricos latinos Cicerón y Quintiliano. Cada uno de ellos aportará su personal consideración del pie, a tenor del carácter de sus tratados (gramático, retórico o métrico).

El autor continúa ahora con el examen de las definiciones del pie que se registra en el *corpus* anteriormente señalado, teniendo en cuenta que, en líneas generales, su centro de atención serán las definiciones propiamente dichas, pero se recogerá también cualquier otro dato suministrado por las fuentes en torno a las susodichas definiciones (p. 80).

Se atiende en este capítulo a la definición del pie, distinguiendo primero entre aquellos autores que sólo emplean un término (πούς / *pes*) y los que lo alternan con otras definiciones, y revisando después las etimologías de los vocablos utilizados. Dentro de las definiciones se pueden percibir claramente cuatro enfoques diferentes, que determinan otras tantas concepciones del pie: la rítmica, la silábica, la métrica y la gramatical (pp. 80-82). Además,

resulta evidente que, sobre la base de que los distintos campos doctrinales ofrecen sus particulares planteamientos, el terreno de la retórica aparece claramente vinculado al de la rítmica (p. 114).

Con respecto al estudio de las partes del pie, el autor recoge la doctrina que ya apareció en el libro al que antes aludimos, subrayando las dificultades que existen para precisar el significado de los términos *arsis* y *thesis*, y aludiendo a la evolución que han tenido que sufrir al pasar por las diversas fases — orquística, musical y métrica — a las que han debido servir a lo largo de las diferentes épocas. No se detiene, sin embargo, Luque en la consideración del problema del *ictus*, para cuyo esclarecimiento remite a su anterior publicación.

El siguiente apartado se dedica a determinar el número y la clasificación de los pies, recogiendo los criterios que suelen aparecer en los capítulos *De pedibus* o asimilados, que son en buena medida un trasunto de las διαφοραί que aparecían en los rítmicos (p. 157). Sin embargo, de hecho, los dos criterios fundamentales son el número de sílabas y la condición de simple/compuesto: los bisílabos y trisílabos constituyen la categoría de los pies «simples» y son considerados como algo aparte de todos los demás, mientras que el resto, tetrasílabos, pentasílabos, hexasílabos, quedan genéricamente englobados en el apartado de «compuestos» y en algún caso pueden ser considerados *syzygiae* (p. 196).

El número de pies entre los metricólogos asciende a 124, de entre los cuales sólo 28, los de dos, tres y cuatro sílabas, son considerados auténticos, en cuanto que son los denominados *pedes poetici*, en tanto que el resto se vinculan sobre todo a la expresión retórica.

El nuevo capítulo incide en la enumeración de los pies en los escritos *De pedibus*, en cuyo examen interesan sobre todo dos cuestiones: las clases de pies que se enumeran y el orden en que se hace la enumeración dentro de cada una de las clases (p. 209).

En relación al primer punto, se ha detectado que un grupo de tratadistas enumera sólo los llamados «pies simples» (bisílabos y trisílabos), otros añaden también los tetrasílabos y, finalmente, existen tres textos que enumeran todos los pies.

Con respecto a la ordenación de los pies, se pueden señalar tres tipos distintos: el «orden Hefestión-Agustín», que ordena, dentro de cada magnitud silábica, por tiempos y de menor a mayor (prioridad de lo breve); el «orden Aristides», que utiliza como criterios el silábico-combinatorio o el emparejamiento, sin olvidar la prioridad de lo breve; por último el denominado «orden rétores», que sólo atiende a los pies de dos o tres sílabas.

Especialmente interesante resulta el estudio particularizado de la denominación de los pies: por un lado, porque las denominaciones aportan a veces la interpretación y análisis de las realidades que designan, y, por otro, porque nos dirige al conocimiento de la doctrina dentro de la que se ha desarrollado toda esta terminología (p. 254). Es importante destacar que, junto a la multiplicidad de términos que se utilizan en los distintos tratados, se registran además algunas interferencias en las listas de nombres, de manera que, en ocasiones, un mismo término se emplea para designar dos pies distintos. Además hay que resaltar otro hecho: la enorme variedad semántica de esta terminología, que mezcla vocablos en principio ajenos a las unidades métricas que designa (δάκτυλος) con otros que se refieren a danzas o prácticas rituales (πυρρίχιος, χορείος, βακχεῖος, παιών), o a géneros literarios (ἱαμβος, ἀνάπαιστος) haciendo a veces alusión a otras cuestiones más o menos cercanas a los aspectos rítmicos que cabría mencionar (p. 256).

El último capítulo versa sobre las relaciones pie-metro, ya que parece lógico que el estudio sobre los pies culmine aludiendo, de modo más o menos explícito, a lo que podríamos denominar su capacidad métrica, es decir su aptitud para aparecer como unidad recu-

rente integrando otras unidades mayores, que no son otras que los «metros». A este respecto resulta necesario hacer alusión al rendimiento que tuvo entre los antiguos uno de los pilares del llamado «sistema alejandrino», la doctrina de los μέτρα πρωτότυπα, entre los cuales destaca claramente un primer grupo integrado por dáctilo, anapesto, yambo y troqueo, al que se añaden otros cuatro fijos, coriambo, antispasto, jónico mayor y jónico menor y otros dos no fijos, el peón y el proceleusmático.

Aunque se ha discutido por parte de los autores modernos la existencia dentro del sistema alejandrino de dos métodos de μέτρα πρωτότυπα, uno en estado puro y otro influido por la doctrina de la *procreatio metrorum*, parece más bien que se debe pensar en la existencia de uno solo, con diferentes grados de presencia, según épocas y ambientes, de la idea derivacionista, que presenta por su parte una formulación propia. Hasta aquí el largo recorrido trazado por el profesor Luque en pos de la doctrina métrica de los antiguos en torno al pie.

El trabajo, bien arropado por una nutrida y actualizada bibliografía, ofrece algunos stemmata clarificadores, un índice de siglas y abreviaturas, que siempre resulta útil, y la traducción en algunos casos de los textos de los autores griegos y latinos, práctica que quizá debería haberse extendido a su totalidad, con el fin de facilitar la lectura a los menos iniciados.

Un estudio serio y riguroso, como aquellos a los que nos tiene acostumbrados el autor, que será sin duda muy bien acogido por los interesados en estas materias: por ello, nuestra felicitación.

M.^a LUISA ARRIBAS HERNÁEZ

STRÄTERHOFF, B.—*Kolometrie und Prosarhythmus bei Cicero und Livius. De imperio Cn. Pompei und Livius I 1-26 kolometrisch ediert kommentiert und statistisch analysiert.* Vols. I-II. Oelde, R. Festge, 1995. 938 pp.

El trabajo que vamos a reseñar representa la versión abreviada de la Tesis doctoral que la autora defendió en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Wilhelm en Münster, Westfalia, en el año 1994.

Ciertamente, el interés por la métrica de las cláusulas y por la colometría de la prosa latina ha absorbido a un buen número de estudiosos desde principios de siglo, y aún en nuestros días sigue reclamando la atención de un buen número de investigadores, estudiosos que intentan dar una respuesta a las contradicciones que surgen con sólo examinar las teorías al respecto que proclaman Cicerón y Quintiliano — a veces tan divergentes — y la aplicación práctica que de ellas hacen en sus obras.

Evidentemente, este es el interés que ha guiado a Sträterhoff y la ha llevado a analizar dos textos amplios, el discurso *De imperio Cn. Pompei*, de Cicerón, y el inicio de la obra historiográfica de Tito Livio (I 1-26), aunque prescindiendo del prefacio.

La investigadora, que ha seguido muy de cerca los caminos abiertos en su día por E. Fraenkel, pretende tres objetivos muy concretos:

- descubrir la configuración colométrica de los textos seleccionados.
- analizar estos textos, una vez resuelta la particular disposición de sus *kola*, atendiendo a las cláusulas y al inicio de las mismas.

determinar con precisión la correlación de criterios estilísticos que se establece entre Livio y Cicerón en el ámbito de la construcción del periodo y de la ritmificación.

El trabajo de Sträterhoff estructura sus contenidos en trece capítulos con la ordenación siguiente:

I. Breve introducción en la que se informa acerca del orden con que se desarrollará el trabajo, y donde se indican las ediciones latinas que se han manejado para el estudio de los textos.

II. Una concisa información acerca de las características más generales del discurso *De imperio Cn. Pompei* de Cicerón.

III. Resumen y comentario crítico de algunos importantes trabajos surgidos como fruto del estudio de la colometría de la prosa latina: *Lesenproben aus Reden Ciceros und Catos* (Fraenkel, 1968), *Cicero numerosus. Studien zum antiken Prosarhythmus* (Primmer, 1968), *The Prose Rhythm of Sallust and Livy* (Aili, 1979), *The Colometry of Latin Prose* (Habinek, 1985).

IV. Capítulo en que se da noticia al lector del procedimiento, acorde sobre todo con los criterios de Fraenkel, que se va a utilizar para marcar la división en *kola* y para determinar la regulación de la cláusula. Junto a ello se ofrecen las denominaciones de las que se hará uso y las notaciones y abreviaciones correspondientes.

V. Distribución colométrica del texto *De imperio Cn. Pompei*, donde aparecen señalados, además de las cláusulas final de periodo, las cláusulas final de *kolon* y los inicios de las cláusulas.

VI. Justificación de la colometría anteriormente expuesta, donde se va haciendo referencia a cada uno de los *kola* establecidos y a los recursos lingüísticos y estilísticos que sostienen la distribución adoptada en cada caso.

VII. Breve noticia de algunas observaciones acerca de Tito Livio recogidas en los autores antiguos.

IX. Distribución colométrica del texto de Tito Livio seleccionado: *Ab urbe condita*, I 1-26.

X. Justificación de la colometría expuesta según las pautas marcadas en el capítulo VI.

XI. Capítulo en el que se recogen los cuadros estadísticos que visualizan por separado los resultados obtenidos en los estudios anteriormente realizados sobre los textos de Cicerón y de Tito Livio. Dichos cuadros aparecen precedidos de una tabla con el listado de las diversas cláusulas examinadas y de las de las diferentes relaciones rítmico-estilísticas que se pueden establecer entre ellas. Se añade además una página en la que se insertan y se explican las abreviaturas que se van a utilizar a continuación. Completa la información un análisis estimativo de los datos estadísticos reseñados, en el que se evalúan entre otros datos importantes la frecuencia, la posición y la tipología de las cláusulas utilizadas por ambos autores. Este apartado termina con una serie de consideraciones de orden general, a modo de recapitulación, que concluyen el trabajo propiamente dicho.

XII. Elenco bibliográfico, que se reparte en cinco apartados: ediciones, comentarios y traducciones de los textos latinos examinados; bibliografía de carácter

general; bibliografía referida a Cicerón; bibliografía referida a Tito Livio; bibliografía de otro carácter.

XIII. Índice de los términos técnicos utilizados y de su localización, por separado, en los textos de Cicerón y Tito Livio.

El trabajo, que da idea de la paciencia y de la preparación de su autora, resultará de gran utilidad para el lector interesado en la articulación de los periodos y la formulación de las unidades de ritmo y de pensamiento en la prosa latina, y también ilustrativo para todo aquel que quiera profundizar en el estudio de la lengua de los dos autores aquí considerados. Puede reprochársele, sin embargo, el hecho de no haber atendido a algunos estudios recientes, como los de Ch. Müller (*Initiation aux méthodes de la statistique linguistique*, 1973) y F. Charpin (*L'idée de phrase grammaticale et son expression en latin*, 1977) entre otros significativos, que habrían enriquecido, sin duda, su labor y sus conclusiones.

M.^a LUISA ARRIBAS HERNÁEZ

STEMPEL, REINHARDT.-*Die Diathese im Indogermanischen. Formen und Funktionen des Mediums und ihre sprachhistorische Grundlage*. Innsbruck 1996. 91 pp.

Es interesante este librito sobre la diátesis verbal en Indoeuropeo. Aporta cosas notables aunque tenga problemas la consideración de la diátesis como un hecho lingüístico general: igual se ha hecho con el modo, el aspecto, etc. y en principio es admisible, pero hay siempre el riesgo de las diferencias notables entre lengua y lengua.

La voz media aparece en el libro, funcionalmente, como «Subjektorientierte»; formalmente, como una serie de formas no siempre marcadas por las desinencias. Esto es, para mí, lo más interesante del libro. Se distingue, con ejemplos de diversas lenguas indoeuropeas, una serie de funciones: reflexiva (directa, indirecta, recíproca), pasiva (considerada, creo que con acierto, como parte de la media), intransitiva, de procesos mentales y de estado. Estos últimos grupos presentan, desde el punto de vista formal, problemas: muchas veces esas mismas acciones o estados son expresados por la activa.

En cuanto a las formas, la cuestión es la de si una definición conceptual de toda la media es aceptable cuando las diferencias formales son grandes: desinencias personales (y, yo añadiría, sufijos de participio e infinitivo), temas (arm. *berim*, *-yelo en ai. *mányate*, lit. *miniù*, formas del gr. con -η, -θη), formas reflexivas, construcciones perifrásticas, «Affektivkonstruktionen» (lat. *taedet*), «Nullmarkierung» (ingl. *break*), formas activas por medias. Aquí repito mi objeción; y es pena que el autor no conozca el método estructural ni el concepto de término negativo o no marcado.

La mayor parte del libro, sin embargo, está dedicada a las marcas formales de la voz; señala con razón que antes de la diferenciación dialectal no se había creado un sistema desinencial de voz media completo. Fuera de esto estudia, entre otras cosas, la relación entre la flexión de perfecto, la hetita en *-hi* y la de voz media, tema que, como es bien sabido, ha producido una copiosa bibliografía desde los tiempos de Kurylowicz y Stang. El autor se mueve en ella con soltura, siguiendo de cerca las ideas de Neu, pero sin servilismo: se aparta de él, por ejemplo, cuando sostiene la antigüedad de *-soi*, *-toi*.

Soy incapaz de entrar a discutir el detalle en un pequeño espacio; y más que he presentado sobre el tema mis opiniones, últimamente en el *Manual de Lingüística Indoeuropea* II, Madrid 1996, antes en diversas publicaciones desde mi *Evolución y Estructura del Verbo*

Indoeuropeo de 1963 (señalo, sobre todo, mi artículo de *Emerita* 49, 1981, en inglés, recogido en español como «Perfecto, voz media y desinencias indoeuropeas», en *Nuevos Estudios de Lingüística Indoeuropea*, Madrid 1988). Es verdaderamente triste, pienso que poco serio, este olvido de la bibliografía española por parte de los indoeuropeistas alemanes.

Así, en el tema que nos ocupa, nuestro autor sigue razonando como si en todo el IE hubiera un perfecto, cuando en hetita había, sí, presentes de estado con *-hi* (hay presentes de estado también en otras lenguas) y voz media, no el perfecto, que surgió más tarde, en la etapa siguiente del IE. Tampoco sabe que la vocal temática sólo en varios sistemas de oposiciones cobró valores gramaticales, el de voz media entre otros, mientras que en ocasiones **-o*, **-to* carecen (en anatolio y en las lenguas posteriores) de valor de voz. Se empeña en derivar la conjugación en *-hi* del perfecto, cuando se trata más bien de hechos paralelos a partir de una *h* originalmente radical o sufijal. Y sigue sosteniendo la supuesta evolución **-hai* > *-hi*, que he criticado, etc. Esto perjudica a su investigación.

Con todo, ésta está, dentro de esas carencias, bien orientada y saca a luz cosas interesantes. Propone, por ejemplo, que la flexión en *-mi* fue modelo para la creación de la oposición act. / med. en la en *-hi*; señala el papel de **-to* en la expansión del sistema desinencial; presupone un estadio antiguo en que, junto a formas de act. / med., había otras estativas sin diátesis. Cosas semejantes he dicho en la bibliografía arriba citada.

En conjunto, la investigación sobre el crecimiento de los diversos elementos formales usados para marcar la media, es correcta. Aunque yo dude de que, en época en que todavía estaba a medio formar el sistema desinencial de la voz media, existiera ya ésta como «inhaltliche Kategorie»: hasta el momento de tener una expresión formal una categoría, pienso yo, está también ella en período formativo.

En todo caso, la presentación del conjunto de funciones de la media y del conjunto de las formas en que se expresa (aunque haya puntos discutibles), es útil.

FRANCISCO R. ADRADOS

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

BRANHAM, R. BRACHT -GOULET-CAZÉ, MARIE-ODILE (edd.).—*The Cynics : The Cynic Movement in Antiquity and Its Legacy*. Hellenistic Culture and Society, 23. Berkeley-Los Angeles-Londres, University of California Press, 1996, IX + 456 pp.

Durante la presente década han aparecido varias publicaciones que se proponen ofrecer al estudioso del cinismo antiguo, y en general al lector interesado en él, una visión global de lo que fuera este movimiento filosófico y de cómo ha sido visto por la crítica. La recopilación más completa de los textos antiguos relativos al cinismo, que ya en la década anterior había sido publicada por Gabriele Giannantoni, con extensas notas exegéticas (*Socraticorum Reliquiae*, Nápoles 1983-1985, vol. II [textos], vol. III, pp. 177 ss. [comentarios]), fue reeditada, aunque con apenas modificaciones, en 1990 (*Socratis et Socraticorum Reliquiae*, Nápoles, vol. II, pp. 135-589, 648-652 [textos], vol. IV, pp. 195 ss. [comentarios]). Por otro lado, en 1991, Margarethe Billerbeck delineó un amplio recorrido por la crítica moderna, acompañado de una antología de estudios (*Die Kyniker in der modernen Forschung*, Amsterdam). Ese mismo año, en fin, en el marco de los coloquios internacionales del CNRS, se celebró en París un congreso sobre el cinismo antiguo y su pervivencia,

organizado por Marie-Odile Goulet-Cazé, donde se dieron cita los principales estudiosos del tema, que lo abordaron desde muy diversos puntos de vista. La gran visión de conjunto que se ofreció durante este acontecimiento puede ser hoy valorada en las correspondientes *Actas* (edd. M.-O. Goulet-Cazé y Richard Goulet, *Le Cynisme ancien et ses prolongements*, París 1993).

Pues bien, la obra colectiva que aquí nos ocupa contribuye igualmente a esta literatura que, en las postrimerías del s. XX, intenta ofrecer una síntesis variada de lo que fueron las principales figuras vinculadas de uno u otro modo a esta *paradójica* filosofía gestada en el s. IV a.C. y de lo que ha sido la influencia de su legado ideológico y literario a lo largo del tiempo.

El origen de esta obra está vinculado al congreso de 1991. De hecho, parte de las contribuciones que se reúnen en ella no son sino reproducción de trabajos ya publicados en las citadas *Actas* (traducidos en su caso al inglés). Nos referimos a los trabajos de los editores, M.-O. Goulet-Cazé («Religion and the Early Cynics», pp. 47-80) y R.B. Branham («Defacing the Currency : Diogenes' Rhetoric and the *Invention of Cynicism*», pp. 81-104), así como a los de otros participantes en el coloquio parisino: John L. Moles («Cynic Cosmopolitanism», pp. 105-120), Miriam Griffin («Cynicism and the Romans: Attraction and Repulsion», p. 190-204), M. Billerbeck («The Ideal Cynic from Epictetus to Julian», pp. 205-221) y Heinrich Niehues-Pröbsting («The Modern Reception of Cynicism: Diogenes in the Enlightenment», pp. 329-365).

Los estudiosos cuyas contribuciones se añaden ahora son los siguientes: Antony A. Long («The Socratic Tradition: Diogenes, Crates, and Hellenistic Ethics», pp. 28-46), James Romm («Dog Heads and Noble Savages: Cynicism Before the Cynics?», pp. 121-135), Richard P. Martin («The Scythian Accent: Anacharsis and the Cynics», pp. 136-155), James I. Porter («The Philosophy of Aristo of Chios», pp. 156-189), Derek Krueger («The Bawdy and Society: The Shamelessness of Diogenes in Roman Imperial Culture», pp. 222-239), Sylvain Matton («Cynicism and Christianity from the Middle Ages to the Renaissance», pp. 240-264), Joel C. Relihan («Menippus in Antiquity and the Renaissance», pp. 265-293), Daniel Kinney («Heirs of the Dog: Cynic Selfhood in Medieval and Renaissance Culture», pp. 294-328) y Diskin Clay («Picturing Diogenes», pp. 366-387).

Los trabajos vienen precedidos por una introducción de los editores (pp. 1-27), que incluye: una presentación de la obra (pp. 1-4), donde se ordenan las distintas contribuciones según los puntos de vista desde los que se enfoca el movimiento cínico; un recorrido por la historia del cinismo desde sus orígenes hasta la época moderna (pp. 4-21); por último, el planteamiento de la cuestión de si el cinismo constituyó una verdadera filosofía o no (pp. 21-27). Esta síntesis introduce al lector, con amena y convincente autoridad, en las principales cuestiones ligadas al cinismo. Sólo echamos de menos, en lo que se refiere a la relación de los cínicos con la literatura, una mención precisa de la crítica más objetiva sobre la cuestión de la tan traída y llevada «diatriba», crítica que remonta a Otto Halbauer (*De diatribis Epicteti*, Leipzig 1911) y entre cuyos epígonos se encuentra Stanley Kent Stowers (*The Diatribe and Paul's Letter to the Romans*, Chico 1981). Coincidimos plenamente, por lo demás, en la defensa del cinismo como una filosofía, por más que, como ya vieron los antiguos, no reuniera los requisitos necesarios para ser una escuela o secta (*haíresis*) como las otras. La principal originalidad de la filosofía cínica consiste precisamente en buscar la virtud y la consiguiente felicidad y libertad del individuo a través del entrenamiento práctico (*ἄσκησις*), es decir, a través de la más plena y vigorosa realización en la vida cotidiana de los principios éticos (independencia y autosuficiencia basadas en la

virtud natural, libertad absoluta de palabra y de acción, impasibilidad sin ambages frente al influjo de las circunstancias propias y ajenas), sin interés en la pura teoría. Como tal, efectivamente, el cinismo impone de modo tajante sus señas de identidad como filosofía frente a las otras opciones, más allá incluso del mero aspecto exterior de sus seguidores.

Del cinismo en su primera época (s. IV-III a.C.), como tradición socrática en el marco de las éticas helenísticas, se ocupa Long, intentando reconstruir lo más auténtico, desde el punto de vista histórico, de dicha tradición, encarnado en las figuras de Antístenes, Diógenes y Crates. Utiliza para ello fuentes como Platón, Aristóteles o Jenofonte, pero sobre todo Diógenes Laercio, ya de época imperial, dejando de lado, sin embargo, otras fuentes de la misma época (Epicteto, Luciano, Dión de Prusa o Juliano) que considera muy dudosas y tendenciosas. La visión de estas últimas, que se mueve con diversos grados entre la idealización y la ridiculización más extremas, viene tratada con amplitud en los trabajos de Griffin, Billerbeck y Krueger. En el primer cinismo se centra también Goulet-Cazé, que describe la relación de Diógenes respecto a la religión recurriendo a la noción de agnosticismo. Según la autora, la actitud de Crates, Menipo y Bión ante la divinidad sería también la misma, mientras que Antístenes no se revelaría cínico en su concepción religiosa, que podría ser considerada como piadosa, al menos en un sentido filosófico. En época imperial, Enómao de Gádara, con su virulenta crítica de los oráculos, no haría sino seguir los pasos de Diógenes. En fin, la visión piadosa de éste por parte de autores como Epicteto (Diógenes como *inspector* en la tierra al servicio de Zeus) o Juliano no sería sino un aspecto más de su visión idealizada. Moles afronta el tema del cosmopolitismo, revisando la idea de la crítica tradicional según la cual el cosmopolitismo cínico sería puramente negativo (el rechazo de la *pólis* como marco del desarrollo del individuo), frente al cosmopolitismo positivo de los estoicos que, de uno u otro modo, afirmarían una *pólis* universal. El autor destaca los que considera aspectos positivos del cosmopolitismo cínico: su actitud positiva hacia la naturaleza y el mundo animal, la relación con los otros cínicos (comunidad de sabios), con la divinidad (paradigma de autosuficiencia [Moles no comparte las conclusiones de Goulet-Cazé sobre el agnosticismo cínico]) y con la humanidad en general (φιλοανθρωπία). Por su parte, Branham analiza los procedimientos utilizados por los cínicos para expresar su filosofía ante los demás individuos, partiendo de la noción de *κοινωνικός τρόπος* acuñada por el Pseudo-Demetrio (*Eloc.* 259). La que Branham defiende como una verdadera *inuentio* retórica cínica estaría caracterizada por la inmediatez y la gestualidad de los mensajes, de acuerdo con el exhibicionismo en la libertad de palabra y de acción (*παρησια, ἀναιδέια*) practicado por los cínicos. No en vano, la tradición biográfica y doxográfica nos los presenta principalmente por medio del género de la *χρεία*, anécdota breve de intención moral, consistente normalmente en la expresión de ocurrencias o respuestas agudas, a menudo cómicas (*σπουδαιογέλοιον* o estilo serio-cómico), ante una determinada situación. El interesante trabajo de Romm indaga los antecedentes del pensamiento cínico en la Grecia arcaica y clásica, sobre todo en la literatura etnográfica, a través de los diferentes relatos sobre los bárbaros en Heródoto, Ctesias o Teopompo. En este mismo sentido, se centra Martin en analizar la leyenda del escita Anacarsis (s. VII a.C.) presentado como un sabio cínico.

Por otro lado, Porter estudia los puntos que unen al estoico heterodoxo Aristón de Quíos (s. III a.C.) con el cinismo. Y hemos citado ya los trabajos que se ocupan de la recepción del cinismo en la época romana: el de Billerbeck se centra en el aspecto filosófico; el de Griffin, en el aspecto social; y, más en concreto, el de Krueger, en la recreación de la desvergüenza cínica con fines educativos en las escuelas de retórica, a través del género

de la *χρεια*. Los restantes trabajos se adentran en el estudio de la recepción posterior, lo que los hace especialmente interesantes, por cuanto este campo ha sido menos transitado. Matton se ocupa en general de la tradición cínica (ligada de uno u otro modo al cristianismo) desde la Edad Media hasta el Renacimiento, ofreciendo al lector los más diversos y curiosos materiales. A su vez, Relihan se centra en la figura de Menipo, misterioso personaje de rasgos poco conformes al carácter cínico, pero que podemos comprender dentro de esta tradición si pensamos, con Relihan, en Diógenes como el gran *falsificador de valores*, no extrañando, por tanto, que uno de sus seguidores llegara a falsificar la propia doctrina cínica. Ya la tradición antigua se tomaba poco en serio a Menipo, que era presentado con tonos sombríos, como perro de ultratumba, sin duda frente a Diógenes, el *perro celeste*. En cualquier caso, tuvo Menipo una influencia literaria enorme, no sólo como creador del género de la sátira que lleva su nombre sino también como personaje en distintas obras del género, numerosas en el Renacimiento. Destacamos las consideraciones de Relihan sobre la figura de Menipo y de la sátira menipea en la literatura española del Siglo de Oro. A su vez, Kinney nos ofrece un exhaustivo y ameno recorrido por la rica tradición del cínico grosero y bufón, antisocial y parásito en la Edad Media y el Renacimiento. Por último, Nieuhes-Pröbsting se ocupa del nuevo sentido que adquiere el cinismo en la época de la Ilustración, del cinismo moderno (en alemán *Zynismus / Kynismus*). El autor analiza desde este punto de vista las figuras de Christoph Martin Wieland, Jean-Jacques Rousseau, Denis Diderot y Friedrich Nietzsche, y da cuenta también de la visión más reciente que presenta Peter Sloterdijk en su influyente *Crítica de la razón cínica* (Francfort 1983; trad. esp.: Madrid 1989), donde se define el cinismo moderno como *falsa conciencia ilustrada*.

Aparte del trabajo de Clay, que nos ilustra sobre la iconografía de los cínicos y en particular sobre la de Diógenes, la obra incluye además dos apéndices de Goulet-Cazé: un utilísimo catálogo completo de los filósofos cínicos conocidos (pp. 389-413), que no es sino la revisión y traducción al inglés de la lista que ya publicara la autora en su libro *L'ascèse cynique ...*, París, 1986, pp. 231-248; y un breve *excursus* (pp. 414-415), donde se comenta un pasaje de Aristóteles, *Rhet.* III 10, 1411 a 24-25, que parece cuestionar la afirmación de la mayor parte de la crítica moderna según la cual el primer cínico fue Diógenes y no el socrático Antístenes, pretendido maestro de aquél, según afirman las fuentes antiguas. Una bibliografía selecta (pp. 421-423) y dos índices, uno de pasajes (pp. 425-447) y otro de nombres (pp. 449-456), concluyen este valioso compendio crítico sobre el cinismo.

PEDRO PABLO FUENTES GONZÁLEZ

LÓPEZ FÉREZ, J. A. (ed.).—*La épica griega y su influencia en la literatura española*. Madrid, Ediciones Clásicas, 1993, X + 44 pp.

Los resultados de los interesantes foros de los que la UNED es el alma empiezan a aparecer impresos con cierta cadencia. Se trata de un hecho del que no podemos menos de felicitarnos. El presente volumen, precedido de una breve nota del editor, ya avezado en la coordinación de obras complejas, reúne una serie de ponencias del III Coloquio Internacional de Filología que sobre el tema *La épica griega: aspectos literarios, sociales y educativos* se celebró en el Centro antes mencionado en Madrid los días 25-28 de Marzo de 1992.

La temática es a primera vista un tanto variopinta; ello obedece a circunstancias externas e internas tales como la situación actual de las enseñanzas clásicas o la de los propios estudios sobre la épica griega.

Sigue un orden cronológico en líneas generales. Así, comenzando por la épica arcaica, nos sobrecoge inicialmente una pasajera sensación de agotamiento del tema; sin embargo, afortunadamente, una lectura mas atenta revela líneas novedosas de aproximación a la cuestión dentro de marcos concretos histórico literarios. Así, Wathelet, P. «Troyens et achéens dans l'épopée à l'époque d'Homere et dans l'Iliade» pp. 1-24, precisa, dentro de su importante trayectoria de estudios, el mundo iliádico entre el *mirage* micénico y sus propios lazos con los fenicios y en relación con el proceso histórico y económico de decadencia y recuperación a la vista de la poesía hesiódica y el Ciclo. También advierte, dentro de la temática del coloquio que «l'Espagne des grandes découvertes» pudo ser sensible al carácter aventurero de Ulises.

Hainsworth, J.B. «The complexity of theme and emotion in the Iliad» pp. 25-38, trata de alcanzar algunas de las raíces últimas de la épica arcaica dentro de una línea que podríamos remontar a Bowra *Heroic Song*: el móvil del héroe épico es adquirir honra, lo que no excluye bienes materiales, por acción peligrosa: podríamos aquí recordar el «ganar honra» de los conquistadores españoles. Para la secuencia «acto heroico» - «atrocidad» - «venganza» encuentra Hainsworth gran paralelismo en los cantos yugoslavos; pero considera que la *Iliada* supone una superación de esta elemental cadena, añadiendo una complejidad moral que valora el πάθος de los vencidos.

López Eire, A. «La *Iliada* vista desde la *Poética* de Aristóteles» pp. 39-66, trata de dilucidar el mecanismo por el que la *Poética*, como una ciencia autónoma respecto a las demás, *da la medida* del fenómeno literario. Aristóteles aplica al texto poético diferentes conceptos que utilizará en sus escritos científicos y filosóficos. López Eire pone de relieve la afinidad entre la épica y la tragedia (en lo que podríamos ver la aplicación del concepto de *analogía*); el carácter unitario y casi sistemático de la *Iliada* equivaldría a una forma de *definición*; en cada género puede distinguirse entre lo *esencial* y lo *accidental*. Todo ello encaminó al filósofo a una concepción más «moderna» del poeta: no es un vate omnisciente sino el que tiene el don de pulsar una especial sensibilidad.

Lasso de la Vega, J. «La composición de la *Odisea*: análisis y neounitarismo, hoy» pp.67-84, retoma críticamente la difícil cuestión de la composición analítica y unitaria. Cuestiones que parecían inamovibles hace treinta años reclaman de nuevo la atención, con visos de no cerrarse nunca.

Rodríguez Alfageme, I. «El color y el sonido en Homero» pp. 85-111, complementa la densa línea de estudios sobre los colores en Homero con una aproximación sobre el léxico del sonido y el ruido.

De Hoz, J. «Hesíodo en sociedad» pp. 113-154, opina que no hay razón para negar los datos biográficos que Hesíodo ofrece en su obra, aunque sí debemos interpretarlos mediante el marco literario tradicional preexistente hasta mediados o finales del VIII a.C. El Poeta se expresa desde su peculiar mundo beocio, en el que se valoraba la poesía épica, con los ojos puestos en la entonces pujante Eubea. Se pregunta también J. de Hoz en qué medida incide la influencia oriental, no sólo en la poesía teogónica de Hesíodo, sino en los *Erga*. También aquí Eubea puede haber tenido especial significado con su frecuentación de los «puestos de comercio» orientales; todo ello permite un sugestivo tráfigo de adivinos y conjuradores ambulantes (recordemos aquí la importancia de los «colporteurs» en la difu-

sión de la Reforma o de la Revolución Francesa) que difunde y formaliza una serie de ideas que surgen de un largo y ancho substrato común.

Bernabé, A. «Consideraciones sobre la épica griega perdida» pp. 155-188, logra una visión general de la épica cíclica y posthomérica con precisiones sobre su cronología, su unión en muchos aspectos al progreso de la figura de Heracles, complementándola con la poesía órfica, género casi «underground».

Jouan, F. «Sophocle et les Chants Cypriens», pp. 189-212, crea un cierto trasunto de su famoso *Euripide et les Chants Cypriens*, descubriendo la utilización por Sófocles de tales «Cantos» en la introducción de temas novelescos así como el de las «mocedades» de los héroes.

Giangerande, G. «La concepción del amor en Apolonio Rodio», pp. 213-233, explora en forma renovada la gran tradición poética detrás del tema tantas veces centrado en el enamoramiento de Medea, descubriendo la vena que lleva a Homero, Safo y Teognis, y se expande en el conjunto de la poesía helenística.

García Teijeiro, M. «El Idilio XXV del *Corpus Theocriteum* y el epilio alejandrino», pp.235-252, analiza el curioso género del epilio, poemilla épico de argumento intencionalmente difuso que ilustra con un detenido estudio del idilio teocríteo.

Brioso, M. «La épica didáctica helenístico-imperial», pp. 253-282, muestra cómo junto a la gran épica antigua, en la época que estudia, además de una poesía «didáctico-científica» (Arato, Nicandro, Dionisio Periegeta, etc.), se abordan temas nuevos como la teoría literaria, así como la parodia y el humor.

Cuartero, F.J. «Poesía épica de época imperial y *paideia* griega», pp. 283-312, estudia el fenómeno de la gran floración de poetas épicos greco-egipcios en el Bajo Imperio. Se trata de poetas que se reclaman herederos de los alejandrinos y afectan desconocer las letras latinas. En cualquier caso, Trifiodoro, Nono y Coluto merecen, según el autor, bastante más atención que las críticas superficialmente negativas hechas por diversos estudiosos.

Pociña, A. «La épica griega y la latina. El caso de Lucrecio», pp. 313-333, se reafirma en que las épicas griega y latina forman un todo que prácticamente excluye un problema de orígenes para la latina, cuyos primeros representantes son Andrónico, Nevio y Enio, autores que cultivaron también otros géneros y metros distintos. Junto a ello hay que situar el peculiar poema de Lucrecio heredero propiamente de la épica latina acaica. En él se advierten rastros de Nevio y Andrónico, mencionándose el nombre de Enio, quien se veía como una reencarnación onírico-mítica de Homero.

Los trabajos de Calvo, J.L. «La figura de Ulises en la literatura española» pp. 333-358, y López Férrez, J.A. «Datos sobre la influencia de la épica griega en la literatura española» pp.359-409 son los que mas profundamente se adentran en la parte reflejada en el título como la *Influencia de la épica griega en la literatura española*. Es lástima que el desaparecido D. J. Lasso de la Vega no pudo dejarnos en esta ocasión otra muestra de su experiencia en el tema: hace muchos años dió un curso de doctorado con el que hizo que en nosotros prendiera el interés por la tradición clásica. Resultado de ello fueron varias comunicaciones al II Congreso Español de Estudios Clásicos en 1961, entre las que queremos recordar «El mundo clásico de Antonio Machado» de la también desaparecida Blanca Lampreave.

En estas páginas finales, J.L. Calvo se ocupa de una selección de autores españoles (el primer Renacimiento, Garcilaso, Boscán, Fray Luis; el Siglo de Oro, Lope de Vega y Calderón) que se destacan del marco europeo medieval y del Prerenacimiento (Benoit de St. Maure, Dante). De ahí pasa al siglo XX, estudiando el *Prometeo* de Pérez de Ayala,

con quien culmina una visión a veces un tanto irónica y paradójica del mito que procede desde el Renacimiento español. Ello es puesto en relación con otros autores europeos como Pascoli (visión inversa y amarga de la *Odisea*) y Joyce cuyo *Ulysses* tiene algo de antiheroico con cierta congenialidad con la tradición hispánica.

López Férrez diseña por su parte un repertorio crítico muy amplio de los autores españoles que citaron o reelaboraron temas de la épica griega. Empieza con textos como la *General Estoria* de Alfonso X y sigue con romances y poemas épicos; muy interesantes las huellas épicas clásicas en los libros de caballería, evidente novela épica; recuerda el sabor homérico de la épica española del siglo XVI en *La Araucana* de Ercilla; el tratamiento irónico y desmitificador de las figuras de la antigüedad en Cervantes, en el *Viaje de Turquía*, en la *Mosquea* de Villaviciosa y la *Gatomaquia* de Lope de Vega, aunque estas últimas dependen de la ya paródica *Batracomiomaquia*; está por otro lado la extraordinaria superación del mito odiseico que aproximará al siglo XX las *Soledades* de Góngora; y por otro tenemos el carácter casi de análisis filológico de Quevedo. López Férrez no se detiene en los siglos XVIII y XIX y llega casi hasta nuestros días estudiando con cierto detenimiento autores que ya muy conscientemente se basan en la *Odisea* como Torrente Ballester y Buero Vallejo.

El libro resulta no sólo útil sino revelador en muchos y variados aspectos. Cada autor acompaña su capítulo con bibliografía, en algunos casos muy amplia. Complementan la obra unos excelentes y hoy en día imprescindibles, índices.

ELVIRA GANGUTIA ELÍCEGUI

GONZÁLEZ PONCE, FRANCISCO JOSÉ.—*Avieno y el Periplo*. Écija, Gráficas Sol, 1995, 217 pp.

Esta obra trata de ser una investigación sobre los *Ora maritima* de Avieno a partir de un estudio detallado sobre la estructura del género «periplo». Los *Ora* proveen indudablemente noticias preciosas, pero su interpretación global y en particular, resulta todavía problemática. Está por un lado la teoría de que subyace un primitivo periplo masaliota, propugnada por Schulten y seguida por un importante número de estudiosos. Junto a esta influyente línea, ha habido otros, que o bien han presentado dudas parciales respecto a la teoría de Schulten (García Bellido, Pemán, M. Almagro, etc.) o bien han optado por proponer otras lecturas del texto, lo que se traduce en interpretaciones muy diferentes del poema; así Gavalá y Berthelot, o, mas recientemente Villalba, quien ve en los *Ora* una obra elaborada por un erudito gran conocedor de la literatura anterior: estaríamos ante una especie de centón o amalgama literaria. Es indudable que obedece a todo un género literario, de regusto arcaizante épico poético con pretensiones «científicas».

Para avanzar en su análisis, González Ponce procede a deslindar los términos *περίπλους* y *περιήγησις*, a los que creemos que hubiera sido útil añadir también otros mas arcaicos, como *περίμετρον* o *περίοδος*, que proveerían un cuadro mas amplio en el que enmarcar estos términos mas difíciles y menos evidentes que los que parecen.

Según González Ponce, (siguiendo aquí a Peretti y Prontera), antiguos manuales prácticos de navegación en un momento dado pasarían a periplos «literarios», cuyo contenido consistiría en la descripción geográfica del Mar Interior, siendo muy raro el que salieran al mar Exterior. Creemos que esta distinción entre periplo «no literario» y «literario», su orden de precedencia (los antiguos veían en Eutímenes algo de *ποιητικός*: González Ponce

precisamente refiriéndose a este, introduce el concepto de oralidad, cuestión en la que habría que profundizar) y circunscripción al mar Interior (los antiguos adscribieron ya a Demócrito de Abdera un periplo fuera de las Columnas de Hércules), adolece de cierta rigidez.

González Ponce trata de aislar los criterios que definirían un auténtico periplo. Primariamente debe cumplir el principio de unidimensionalidad; siguiendo a Janni, dice que al geógrafo antiguo le cuesta percibir globalmente el mundo desde lo alto: aunque el autor algo dedica a los precedentes (p. 57 y n.30) creemos que habría que revisar esta afirmación: la poesía épica arcaica, casi como género total, no solo trasciende la propia experiencia del poeta, que se permite, aún reconociendo su ignorancia personal en temas marinos, anunciar unos μέτρα θαλάσσης (como hace Hesíodo, al que se le adscribe también un Περίοδος τῆς γῆς), sino que la antigua poesía épica (Homero, *corpus* hesíodico, el *Ciclo*) está llena de viajes aéreos en los que se reconocen montañas, promontorios, islas, se salvan mares, se divisan pueblos, etc. Eso sí, tanto estos viajes como otros mas convencionales pueden ser sorprendentemente enrevesados para el lector moderno, tal vez no para el del Imperio Romano tardío (que encontraría en ello un apreciado rasgo literario-erudito) o para el oyente de época arcaica. González Ponce dedica varias páginas a aislar rasgos formales que definen esta unidimensionalidad, para localizar un punto concreto indicando que está 'frente a' o 'junto a', 'después de' μετὰ δέ, ἔξῃς, etc. Esto, así como el descubrir en estos textos la tendencia a la indicación de promontorios como puntos limítrofes y que crean subdivisiones entre territorios determinados, etc., es un esfuerzo loable pero que no siempre da resultados sin ambigüedad, probablemente buscada por el propio autor antiguo.

Otros rasgos que considera definitorios son el de menosprecio de tierra adentro (mas que menosprecio, habría que decir irrelevancia) y el del tiempo empleado en un trayecto concreto, frente a unidad de medida de superficie. Este dato, la medida en jornadas, creemos que, cuando empieza a ser tenido en cuenta, es efectivamente uno de los rasgos que, a partir de cierto momento, diferencian el «periplo» de la περιήγησις o los περίμετρον, γῆς περίοδος anteriores.

Una vez enunciados estos criterios, González Ponce procede a aplicarlos a una serie de textos, tradicionalmente llamados «periplos»: el de Anón, el del Pseudo-Escílaxo, los de los mares Eritreo, Ponto Euxino, del mar Exterior (Marciano de Heraclea), el del Mar Interior (Menipo), el Estadiasmo. Sometidos al filtro creado por el autor, resulta que ninguno cumple absolutamente con «las características temáticas y compositivas del *periplo* original»(p.77). Solo se acepta claramente dentro del género el Pseudo-Escílaxo, el Estadiasmo, y, como precedente inmediato de Avieno, el del Ponto Euxino, o, integrada en un subgrupo, la *Anaplys Bosphori*.

A partir de la p. 81 comienza la segunda parte del trabajo que consiste en la aplicación de los criterios anteriormente establecidos al periplo de Avieno. También este texto contiene graves incongruencias respecto al periplo ideal establecido por González Ponce, tales como digresiones (que Schulten solucionó acudiendo a la interpolación), explicaciones etimológicas, etnológicas, astronómicas; sobre todo la ruptura del principio de unidireccionalidad. Todo esto es interpretado por González Ponce como una técnica que define como «cinematográfica» en cuyas diferentes «escenas» va estudiando de nuevo los famosos *Ora* a partir de la p. 131. Hay que decir que Avieno tenía como modelos para la digresión, la no linealidad, etc., toda la tradición épica antigua desde sus orígenes orales, aunque partiendo de géneros poético «científicos» que se originan en época helenística. De ahí la utilización de nombres en sus formas más arcaizantes, haciendo gala de conocimientos filológicos y

aparentes incongruencias, que pueden deberse a citas eruditas más que a interpolaciones, como advierte González Ponce.

Recoge pues la idea de que el poema de Avieno se inserta en un género literario «amalgama», estudiando claros paralelos latinos en consonancia con la realidad literaria de su época (pp. 121 ss.), para lo que considera especialmente reveladora la aproximación a Claudiano.

Se trata de un trabajo esforzado, con enfoques interesantes que tal vez habría que profundizar más, rompiendo un tanto la rigidez metodológica que el propio autor se ha impuesto. Harían falta también algunos auxilios para el contemporáneo lector, como por ejemplo un *index fontium*.

ELVIRA GANGUTIA ELÍCEGUI

RODRÍGUEZ ADRADOS, FRANCISCO.—*Sociedad, amor y poesía en la Grecia Antigua*. Madrid, Alianza Editorial, 1995. 328 pp.

Esta obra es el resumen y culminación de una serie de líneas de investigación que Rodríguez Adrados emprendió hace muchos años cuyos resultados impresos ocuparían demasiado espacio en una reseña: señalamos por su carácter pionero sus trabajos en la obra colectiva *El descubrimiento del amor en Grecia* de 1959 o *Ilustración y política en la Grecia clásica* de 1966, publicación esta última que en casi todos los capítulos contiene importantes referencias a la situación de la mujer, cuando tales estudios apenas existían en España.

En la obra que reseñamos, el profesor Rodríguez Adrados, con el conocimiento y dominio de los textos que le caracteriza, intenta una visión global del mundo antiguo, incluyendo el latino y finalizando con un epílogo en el que se pregunta si el amor es algo tan diferente de los griegos a nosotros, concluyendo que en las sociedades occidentales más tradicionales se han mantenido hasta hace poco muchos de los aspectos estudiados; sin embargo, evoluciones que se abrieron paso en época helenística han progresado enormemente. Semejante investigación ha requerido, en multitud de aspectos, enfoques novedosos para poder lograr una poderosa síntesis.

Rodríguez Adrados plantea esta obra como una historia del amor, incluso como una heraclítea «lucha del amor en la sociedad» y la fundamenta estudiando la relación amorosa en sus varias formas, cómo se formalizan éstas según la situación social y cómo son expresadas desde el punto de vista lingüístico y literario, especialmente el poético. Todo ello conforma un triángulo, eterno triángulo, aunque sometido a muy diversas variaciones según los contextos sociales (y religioso-míticos), políticos, geográficos, etc.

La primera parte *Amor, matrimonio y sociedad en la Grecia Antigua* comienza con un estudio léxico de las palabras del campo semántico del amor y trata de reflejar cómo concebían los griegos la existencia de *eros* y otras poderosas deidades y fuerzas inductoras de la «locura» del amor. Descubre la tendencia «unidireccional» del amor, tanto en las relaciones hetero sexuales como homosexuales pederásticas o en las femeninas (del adulto al joven).

Rodríguez Adrados coloca en el centro del cuadro por él diseñado a la mujer, como agente de *eros* sobre todo en las épocas más arcaicas. Este protagonismo le viene de las culturas agrarias milenarias y está unido a la necesidad de promocionar la fertilidad. Restos de todo ello hay sobre todo en las sociedades no atenienses: en los poemas homéricos las

mujeres muestran gran autonomía, sobre todo las troyanas, asiáticas; autonomía que también se da en Jonia, como vemos en los poetas líricos arcaicos y sobre todo en el mundo dorio, en muchos aspectos arcaizante, donde todavía en el siglo V, según Rodríguez Adrados, el concepto de adulterio «estaba mal fijado»: estamos, tal vez, ante restos de instituciones poliándricas que se encontraban en otros pueblos indoeuropeos, en Asia Menor o India.

Por otro lado, en las mismas épocas, está el deseo masculino de posesión: las mujeres son objeto de botín, el hombre no tiene por qué manifestar «amor», conquista por acto de fuerza, engaño, contrae matrimonio por conveniencia, etc. Sólo en breves *paraclausithyra* o más tarde, casi en época helenística, se rompe el tabú de mostrar al hombre enamorado y se llega a algunas formas de expresión del amor recíproco.

Hemos dicho las sociedades griegas no atenienses. Porque efectivamente, especialmente en Atenas, se desarrollan instituciones que tratan de controlar ese dominio de *eros* sobre las mujeres. A ello dedica Rodríguez Adrados el capítulo II «Hombre y mujer en la sociedad antierótica». El evidente progreso social, económico, político y científico que caracteriza a la sociedad ateniense clásica, lleva a la mujer a un tremendo encierro, en el que pierde su acceso a la cultura (ahora escrita) y su autonomía, desembocando en una institución matrimonial monogámica, que viene a ser una alianza privada entre familias, en la que la economía, cuando no la política, es decisiva. Es algo esencial para la familia, para engendrar hijos legítimos, no para el amor. Sin embargo, según Rodríguez Adrados, el mito ocupa un lugar privilegiado como modelo de comportamiento amoroso y de identificación con sus personajes a través del rito y la fiesta. Unido todo ello a la reglamentación del ciclo anual, se mantiene un componente institucional que permite una ruptura con la vida cotidiana, con lo que se restablece el contacto con antiguas tradiciones. Ahora, con islas y penínsulas superpobladas, el poderoso carácter sacral arcaico de la condición femenina unido a la fertilidad, queda reducido a retazos: fiestas y procesiones aisladas en las que se produce la salida de las mujeres, ocasión temida por la sociedad masculina, aprovechada para eventuales adulterios. Esto y otros datos hacen que el rigor con el que se enuncia el «encierro» de las mujeres era más bien un *desideratum*: no deja de sorprender, por ejemplo, frente a la dureza a la que se sometía al seductor de mujeres casadas, cierta lenidad a la hora de juzgar el adulterio femenino (simple repudio).

La mujer llega al matrimonio muy joven y virgen, sin conocer al marido que le habían destinado y como hemos dicho siéndole negado el acceso a la cultura. Ello tiende a reforzar ancestrales estereotipos en los que ambos, hombre y mujer, están encerrados: la mujer es un ser débil e irresponsable; el hombre está capacitado para el *logos*, para la vida política. Aunque estos estereotipos no serán admitidos sin crítica (Aristófanes, Eurípides), serán integrados y en muchos casos elevados a argumentación científica por filósofos y/o científicos (Demócrito, Platón, Aristóteles, Hipócrates).

El hombre mantiene su libertad para entablar relaciones fuera del matrimonio con mujeres y hombres, dentro de ciertas restricciones generales (no con otras mujeres casadas, no con otro hombre adulto). En el primer caso, están, entre otras, las relaciones con heteras de educación refinada, ámbito de *demi-monde*, que era tratado con cierto respeto, al tiempo que se injuriaba la simple prostitución. En el segundo, la pederastia se convierte en una relación no sólo tolerada sino reconocida, casi institucionalizada, no sólo en Atenas, sino por ejemplo, en la isla de Eubea y muy especialmente en el ámbito dorio y sus islas, particularmente propio de las clases aristocráticas y de la organización guerrera. Junto con la homosexualidad femenina, que nos es menos conocida, la pederastia, frente a la com-

prometida relación heterosexual, ejerce de control de la natalidad en ciertas etapas de la vida de los jóvenes.

Rodríguez Adrados dedica la parte segunda del libro, «Amor y poesía en la Grecia Antigua», a la formalización de todo este complicado mundo en la expresión literaria, especialmente en la poética.

En el primer capítulo, «La poesía griega y el amor», hace una serie de consideraciones generales y pasa revista a la expresión amorosa en todos los géneros hasta la fábula, el cuento y la novela.

Parte de la consideración de poesía amorosa como una esfera imaginaria que compensa las restricciones de la vida diaria en el campo de *eros* y *phília*, del amor en suma. La expresión poética del amor no está uniformemente repartida por toda Grecia, ni en toda época o género. En la poesía más arcaica, épica, es un medio para poner de relieve el poder de un dios o el inicio de una determinada genealogía, manteniéndose una censura antierótica que sólo en el yambo y géneros derivados del canto popular se expresarán de forma desinhibida. La poesía lírica avanzará paralelamente en el desarrollo de la expresión personal y en el de la poesía amorosa. En la tragedia será más importante el tema del poder que el amoroso: sólo a partir de Eurípides, y con gran escándalo, el amor protagonizará el centro de la obra poética.

En el capítulo II de esta segunda parte, Rodríguez Adrados presenta los tipos humanos y relacionales tal como son expresados en la literatura griega. Manteniendo el carácter central de la mujer en este entretreído de relaciones, comienza con la «mujer enamorada», figura que seduce, es abandonada y sufre. Así tenemos la «mujer enamorada del hombre», tipo literario de antiquísimos precedentes basados en una «religión femenina» tanto en Grecia como en Oriente; pero también aparece el tipo de la «mujer enamorada de la mujer», tipo poético original creado por los griegos, que conocemos gracias a Safo básicamente.

Pero la poesía griega crea otros tipos literarios. Es una novedad el dar forma poética al «hombre enamorado de la mujer» (genial innovación de Arquíloco, prácticamente sin futuro inmediato hasta la poesía helenística y latina; ni siquiera Eurípides se atreverá a tanto); también el tema del «amor recíproco» se desarrollará a partir de época helenística; incluso el «amor del viejo» pasará de ser objeto de irrisión a gozar de cierta comprensión. Y será también una innovación de la literatura griega el tema del «hombre enamorado de otro hombre» (en la relación pederástica), no explicitado en la poesía épica, pero sí desarrollado a partir de ciertos poetas líricos y sublimado por Platón en su teoría sobre el amor.

A esta última cuestión dedica Rodríguez Adrados el capítulo III *Los grandes temas amorosos y la nueva definición del amor en Platón*. Estos temas y sus fases secuenciales (extremado «enamoramiento», visto como «locura» inducida por un dios - intento de «persuasión»; «dolor del abandono»- nueva «persuasión»,- «angustia»; los «celos»), comunes a todas las expresiones literarias de los tipos de relación estudiados serán refundidos en teorías filosóficas. Ciñéndose a Platón, que, tras idealizar el amor pederástico pretendía alcanzar la Belleza o el Bien, Rodríguez Adrados descubre en varios diálogos (*Lisis*, *Banquete*, *Fedro*) coincidencias esenciales con los factores que estudia a lo largo de su libro. El llegar al desprendimiento del amor sexual y a la sublimación en la búsqueda de la ciencia, de las esencias, el misticismo, viene a confluír con las manifestaciones de lo que el autor llama la «sociedad antierótica».

En el capítulo IV, *La poesía amorosa y la lucha del amor*, estudia la personificación de los conceptos estudiados en protagonistas concretos y en el marco de géneros concretos, empezando por la épica, género masculino por excelencia y por un héroe, Odiseo, que no

se deja detener por el amor en sus proyectos: el destino de las mujeres, incluso el de las que le ayudan, es el ser abandonadas, aunque sean fundamentales para su misma existencia como héroe. En el género trágico, estudia particularmente varias de las figuras femeninas eurípideas: amor y devoción trágicos de Alceste; amor y triunfo cruel y sufriente de Medea; amores que rompen todas las reglas (Fedra y otras). El amor cómico es estudiado por parte de Rodríguez Adrados desde un novedoso punto de vista, descubriendo dos fases, la del amor cómico precínico y el influido por la filosofía cínica.

Cohherentemente se reservan las últimas páginas para tratar el tema del «amor feliz», cuyo precedente más antiguo es el de Odiseo y Penélope. Estudia los casos de Menelao y Helena, «amor feliz» a pesar de los pesares; en los versos del reencuentro entre Agamenón y Clitemestra en el *Agamenón* de Esquilo descubre los elementos formales en los que se expresa literariamente este «amor feliz», aunque en forma irónicamente trágica. Estos elementos formales se concretan en uno de los elementos de la tragedia, la *anagnórisis*: cuando la tragedia prácticamente desaparezca, este elemento se mantendrá en casi toda la Comedia Nueva y la latina y, sobre todo, en la novela, manteniendo la expectación por la ilusoria pátina del «final feliz».

ELVIRA GANGUTIA ELÍCEGUI

MACDOWELL, DOUGLAS M.—*Aristophanes and Athens. An Introduction to the Plays*. Oxford, University Press, 1995, 362 PP.

MacDowell, profesor de griego de la Universidad de Glasgow y conocido editor de Aristófanes, ha querido escribir una introducción a sus obras para quienes lo lean por primera vez deteniéndose sobre todo en la relación de sus temas con las circunstancias históricas de la Atenas contemporánea, porque le parece un buen modo de aproximarse a ellas; advierte, pues, que va a decir relativamente poco sobre rasgos literarios y teatrales, aunque no los va a ignorar por completo. Da sus propias opiniones sobre problemas controvertidos de la crítica aristofánica, pero avisa sobre la existencia de alternativas. Cita a Aristófanes en sus propias traducciones, porque no encuentra otras adaptadas a su propósito; son traducciones en verso, pues opina que las en prosa al uso han producido en miles de lectores la falsa impresión de que las obras aristofánicas estaban escritas en la lengua coloquial ordinaria, afirmación gratuita que no sólo pasa por alto la variedad e interpenetración de niveles de la lengua aristofánica, sino que, además, demuestra desconocimiento de la existencia de traducciones españolas rítmicas o en adecuada combinación de prosa y verso que intentan aproximarse más al original, como las suyas.

En el primer capítulo, sobre intención e interpretación de la comedia aristofánica, MacDowell, tras exponer las dificultades de comprensión actual de la Comedia Antigua, concluye acertadamente que, aunque no podamos captar del todo las intenciones de Aristófanes, podemos hacernos una buena idea de ellas. El principal propósito del autor es precisamente averiguar qué pretendía el poeta y qué influencia quería ejercer en el público ateniense. Para ello analiza cada obra por separado, porque opina que la crítica aristofánica ha padecido demasiado con las generalizaciones. Ello no es obstáculo para que a lo largo de su detallado análisis vaya comparando unas obras con otras y para que en el último capítulo, que da título al libro, llegue a sus propias conclusiones generales tan discutibles algunas como las que él critica en otros. MacDowell cree que no hay razón para pensar que Aristófanes mantuvo los mismos puntos de vista a lo largo de su dilatada carrera

dramática o que escribió la misma obra una y otra vez; opina que yerra la crítica que pretende encajar todas sus obras en un mismo patrón, como si su intención o método poético, su actitud política o intelectual hubiesen sido siempre los mismos. Él no lo cree así, pero, de hecho, va encontrando y señalando, con razón, analogías entre unas comedias y otras; el hilo conductor de la ideología aristofánica lo guía aun a su pesar, pero reducida casi por completo al aspecto sociopolítico por la parcialidad de su enfoque, que lo lleva, p. ej., a sorprenderse de que *Las tesmoforiantes* sea una de las obras menos políticas, pese a las circunstancias históricas de su representación, sin comprender que en ella prima la crítica literaria, otro de los objetivos constantes de Aristófanes junto con su interés por los temas educativos y morales. Así, cae en el mismo error de ahorrar las comedias aristofánicas en un molde único y es lástima, porque sus incursiones en otros terrenos son, a veces, afortunadas, como cuando observa que la afirmación de Esquilo en *Las ranas* de que un buen poeta debe ocultar el vicio plantea un conflicto aún no resuelto y de plena actualidad con las discusiones sobre la conveniencia de evitar la exhibición de violencia en los medios audiovisuales.

El principal mérito de esta introducción a Aristófanes — la meticulosa acribía filológica con que el autor plantea y discute los principales problemas de la crítica aristofánica con abundante documentación bibliográfica —, es, sin embargo, un inconveniente para quien quiera obtener una visión más completa y, por tanto, más verdadera que la que aquí se ofrece. El profano adquiere cumplida información sobre las discusiones de los especialistas en torno a los festivales dramáticos atenienses, los jueces del certamen, la composición del público y lo que el autor llama un poco extrañamente sus «expectativas», es decir, la tradición cómica compuesta de elementos religiosos, música, baile, obscenidad y crítica personal, también se le instruye sobre la posible interpretación de los datos biográficos de algunas obras y el significado sociopolítico de todas ellas. Información muy útil que se prestaría a una crítica pormenorizada en la que no puedo entrar aquí. Pero no es suficiente y, en cierto sentido, es demasiado para los supuestos destinatarios del libro. Además, el autor discute a veces sin razón, a mi juicio, las tesis más autorizadas de otros críticos aristofánicos, como Dover y Henderson, y, lo que es peor, juzga las comedias aristofánicas sin el menor sentido del humor; así, cuando se toma en serio la anécdota del rapto de las tres pupilas de Aspasia en *Los Acarnienses*, a quienes supone esclavas rebeldes acogidas por los megarenses, aduciendo en corroboración el correspondiente texto tucídideo. O bien explica prolijamente por qué el marido de Praxágora en *Las asambleístas* sólo tiene un manto como, dice, los hombres actuales, por acomodados que sean, no suelen tener más que un abrigo y aporta otro pasaje del Fedón platónico para mayor prueba.

Por otra parte, volvemos a encontrar en este libro las viejas críticas de la supuesta falta de unidad y las contradicciones e incongruencias de las comedias aristofánicas, así como de la falta de soluciones prácticas de los problemas planteados, lo que supone una notable incomprensión de los presupuestos de la Comedia Antigua y del arte de Aristófanes en particular. Bien es verdad que el autor rechaza por exagerada la comparación entre los festivales dionisiacos y el carnaval medieval europeo hecha por Carrière alegando, con razón, la mayor variedad y complejidad de las comedias griegas, pero sin ver que debieron de tener su origen en rituales preteatrales semejantes, como ha argumentado Rodríguez Adrados, cuya *Fiesta, Comedia y Tragedia* ignora MacDowell. En cambio, la disección que él hace de *Las asambleístas* es un ejemplo de la peor hipercrítica, en mi opinión; el tema de la comunidad de bienes y mujeres encaja en el matriarcado establecido por Praxá-

gora mejor de lo que él supone, no es un simple postizo añadido para completar la obra. Las utopías aristofánicas son fantásticas, pero no carecen de lógica interna.

Las conclusiones generales del libro no son de mucho alcance ni originalidad. El autor achaca las diferencias entre unas comedias y otras a la evolución de la opinión de Aristófanes, pero encuentra ciertas constantes: una supuesta preferencia por los viejos contra los jóvenes, mal ejemplificada con Fidípides, Bdelicleón y el joven enamorado de *Las asambleístas*; una supuesta contradicción entre la aprobación de la guerra contra los persas y el pacifismo militante del poeta, interpretación tan anacrónica como las de ciertas filólogas cuyos excesos feministas critica con gracia; y poco más. Se admite que Aristófanes pretendía seriamente enseñar lo justo, pero se señala que su único logro fue el haber sabido aleccionar y a la vez divertir a sus conciudadanos gracias a su genio para mezclar bromas y veras. Mérito grande, a mi juicio, que le ha valido pasar a la posteridad como un clásico junto con la excelencia de su arte literaria de la que el propio poeta alardea en *Paz* 749-59, cualidades que en este libro quedan poco claras.

La bibliografía, como el propio autor advierte, no es completa, sino limitada a las obras que cita en abreviatura, aunque en las notas menciona y comenta otros muchos libros y artículos, ninguno en español, por supuesto. Un índice de pasajes citados y otro de nombres propios y términos técnicos completa útilmente la obra.

ESPERANZA RODRÍGUEZ MONESCILLO

LÓPEZ FÉREZ, J. A. (ed.).—*De Homero a Libanio*. Madrid, Ediciones Clásicas, 1995. VIII + 402 pp.

Las Jornadas Internacionales de Estudios Actuales sobre Textos Griegos, que suele organizar en la UNED el profesor López Férez, han ido convirtiéndose en un útil barómetro para calibrar los principales focos de interés de un número de helenistas bastante nutrido, y probablemente representativo, fundamentalmente en España — sin que el calificativo de «Internacionales» de las Jornadas sea óbice para ello, porque la representación extranjera, aunque de gran nivel, es numéricamente limitada, por lo menos en la edición que comentamos: dos ingleses, un italiano y un francés. Hay que deplorar, empero, la demora en dar a luz pública las Actas, que es considerable (por más que se trata de un problema endémico de semejantes publicaciones en casi todas partes): así, las III Jornadas, que se celebraron en 1991, no han sido accesibles hasta 1995.

El presente reseñador se ha entretenido en alzar una panorámica de conjunto — a vuelo de pájaro, podríamos decir — del contenido del volumen, para constatar una supremacía muy clara (quizás un poco sorprendente, a primera vista) de los estudios sobre textos teatrales (ocho trágicos, la mitad de los cuales para Eurípides, que se convierte así en el autor más estudiado en términos absolutos + dos para Aristófanes); un desinterés, que hace algunos años habría calificado de insólito, por Homero (un solo estudio, el de Hainsworth que abre el volumen) y por la lírica arcaica (únicamente Rodríguez Alfageme, que se ocupa del Dítirambo XVIII de Baquílides). La filosofía obtiene un resultado honorable: dos textos acerca de Platón (A. Bravo y Rosa Pedrero), otros dos para Aristóteles (José Luis Calvo y A. Díaz Tejera) y uno para Epicteto (L. Gil). Quizás habría que sumar el estudio de Jouanna sobre el *de Aëris* hipocrático y constatar, por otra parte, la ausencia total de los presocráticos. La historiografía (Diodoro Sículo) merece la avezada atención de Jesús Lens y hay dos contribuciones sobre prosa de época imperial: G. Morocho sobre Dión de Prusa y López

Eire sobre Libanio. Finalmente — y quisiera destacarlo, porque me parece un signo muy revelador del actual momento de la filología — se estudian dos textos para- o sub-literarios: Emilio Suárez de la Torre se ocupa de un oráculo délfico y M. García Teijeiro de una defixión ática. (Añádase, además, que el interés de A. Bernabé no se centra en Aristófanes, sino en rescatar los vestigios de la cosmogonía órfica entretejida en la parábasis de las Aves).

Me parece particularmente digno de encomio que, en una ocasión de estas características, no se haya rehuído el riesgo de discutir textos fragmentarios; así, Antonio Garzya estudia los *Mirmidones* de Esquilo, esforzándose en mantener nítida la distinción entre lo que es seguro, lo probable y lo meramente verosímil o conjetural; por su parte, Antonio Melero se enfrenta a los *Teoros* del poeta de Eleusis, teniendo siempre presente que la reconstrucción es muchísimo más arriesgada cuando nos las habemos con un drama satírico; y Christopher Collard se enfrenta una vez más a la *uexata quaestio* de la autoría eurípidea del *Piritoo*. (Por cierto, a pesar de que acaba inclinándose, con válidas razones, por la respuesta afirmativa, parece no haberse decidido a incluir estos interesantísimos fragmentos en la edición de las *Fragmentary Plays*, en curso de publicación por Aris & Phillips). Sin embargo, resulta razonable que, frente a la fascinación del filólogo por la obra fragmentaria, perdida pero parcialmente recuperable, acabe predominando en el volumen la revisión de pasajes como los que los críticos pindáricos del pasado siglo gustaban de denominar *purple patches*: lugares famosos, insoslayables en una antología de la poesía griega. Así pues, tenemos Baquilides XVIII (Alfageme), el celeberrimo primer estásimo de la Antígona (M. Martínez), la rhesis de Hipólito incriminado (estudiada por el propio editor del volumen, López Pérez), los grandes agones retóricos de las Suplicantes eurípideas (objeto de atención por parte de A. Pérez Jiménez, quien alude a algún viejo artículo publicado por el autor de esta reseña en el *Anuari de Filologia*); Tiresias frente a Penteo en las *Bacantes* (por parte de C. Miralles, últimamente muy interesado en el ámbito dionisíaco); la famosa parábasis de las *Aves* (artículo de A. Bernabé, al que ya hemos aludido) y los dos prólogos de las *Ranas* (a cargo de J. García López).

También hay que señalar con satisfacción que el ámbito de la crítica textual no ha sido soslayado. El profesor Lasso de la Vega, recientemente fallecido, propone una media docena de conjeturas, nuevas y antiguas, a la párodos anapéstica del *Agamenón*; Antonio Bravo presenta un manuscrito matritense del *Ión* platónico, copiado por Juan Eugénico («erudito de no mucho relieve») en los años treinta del siglo XV. Por su parte, Jouanna nos ofrece una brillante (pero arriesgada) lección de crítica textual: ¿realmente es posible — nos preguntamos — que hayamos recuperado, a partir de un ms. parisino misceláneo del siglo XIII, una frase entera, que se había perdido sin huellas en toda la tradición hipocrática, directa e indirecta? Finalmente, el profesor Gil defiende, con gran elegancia y precisión, una nueva lectura de un pasaje de Epicteto (al autor de estas líneas no le parece imposible conservar la lección de los Mss.; pero esta posición solamente la mantiene Oldfather en la edición Loeb).

Después de ponderar la excelente calidad media del volumen (solamente sería de desear que se generalizase más la práctica de elencar al final de cada artículo la bibliografía consultada; ello redundaría en una mayor utilidad del conjunto como obra de referencia), pienso que el reseñador queda libre para volver sobre los argumentos que a él personalmente le han interesado más en un momento concreto. Así, quiero destacar, a propósito del artículo de Hainsworth, el énfasis puesto en la «recurrence within a short distance of the same word or phrase without obvious reason, combined with the absence of the word or

phrase elsewhere»: se trata de algo así como una «fórmula temporal». Resulta reconfortante leer de nuevo que el aedo no tiene necesidad tanto de fórmulas *ready made* como de la capacidad de «crear fórmulas nuevas»; que la regla de la economía de la dicción formular conoce numerosas excepciones; y que se da un momento «when it proved easier to create a new phrase than to recall an old one». Nociones, todas ellas, que encajan bien con las conclusiones, ampliamente negativas, del estudio de Suárez de la Torre sobre el oráculo 1 Parke-Wormell (= Q 26 Fontenrose): la formularidad no demuestra en modo alguno un carácter oral, ni permite excluir categóricamente la intervención de la escritura en algunas fases del proceso; hablar de una tradición poética continental sigue siendo bastante arriesgado.

En lo que respecta a las *Suplicantes* de Eurípides, pienso que el buen artículo de A. Pérez Jiménez todavía presenta las vacilaciones y contradicciones de Teseo bajo una luz demasiado favorable. A propósito de las *Bacantes*, me ha llamado la atención el modo como Carles Miralles persigue las trazas de la obscura, complicada relación entre Dioniso, Zeus y Hera. Y, todavía sin apartarnos del dominio euripídeo, resulta interesante que Jesús Lens rastree posibles modelos para la *pueritia* de Agatocles no tanto en el ámbito historiográfico o antropológico como en la crianza de Paris-Alejandro, tal como debía presentarse en la homónima tragedia (perdida) de Eurípides, que sin duda fue muy popular (cf. R. Scodel, *The Trojan Trilogy of Euripides*, Göttingen 1980).

JAUME PÓRTULAS

SEGAL, CHARLES.—*Sophocles' Tragic World. Divinity, Nature, Society*. Cambridge (Ma) & London, Harvard University Press, 1995. XII + 276 pp.

Δευτέρωι φροντίδες? Catorce años después del monumental *Tragedy and Civilization. An Interpretation of Sophocles* (libro básico para comprender a Sófocles en la segunda mitad del siglo XX; pero con una fama bien ganada de difícil), Charles Segal, uno de los mejores y más prolíficos estudiosos del teatro antiguo — y no sólo del teatro — recoge en volumen sus nuevos ensayos sobre el trágico de Colonos (la mayoría recientes; pero hay dos del 76 y del 77; otros dos son inéditos). No nos hallamos, empero, ante una revisión de conjunto: *Electra* y *Edipo en Colonos* faltan a la cita; y el *Áyax* es objeto de un tratamiento poco extenso y significativo. Se trata de un libro acerca de las *Traquinias* (objeto de dos espléndidos estudios, entre los que no deja de haber ciertos desplazamientos de enfoque), el *Filoctetes* (analizado sobre todo desde la perspectiva de las conflictivas relaciones entre hombres y dioses) y la «materia de Tebas» (cuatro capítulos sobre *Edipo Rey*, precedidos por uno sobre las últimas escenas de la *Antígona*). Así pues, la última parte del libro queda dominada, como por un torreón señero, por la figura inagotable del tebano Edipo.

La interpretación de la tragedia siempre sale ganando, si se evita discutirla en términos «humanísticos» (y mucho menos morales), sino de acuerdo con las realidades de su propia época. Incardinados en los datos histórico-sociales (y rituales en particular) del siglo V, el matrimonio de Deyanira, el suicidio de Antígona devienen mucho más inteligibles. El único consuelo al alcance de la humanidad mortal es intentar comprender qué ha sucedido. Importa poco que, en tantísimas ocasiones, este lenitivo sea radicalmente frágil, inadecuado e insuficiente; la humanidad necesita hallar, para el dolor, ya que no soluciones, por lo menos explicaciones; y la obligación del poeta trágico (también de su intérprete moderno) consiste

en «to refuse to pull back ... into the Chorus' (or Aristotle's) gnomic generalities ...» (p. 12).

Realmente, en la actualidad no parece imprescindible reivindicar el status de las *Traquinias* como obra de arte egregia. Puede que Ezra Pound no sea, desde una perspectiva estrictamente filológica, una autoridad demasiado respetable, pero la contundencia de sus opiniones no ofrece dudas: «The *Trachiniae* presents the highest peak of Greek sensibility registered in any of the plays that have come down to us, and is, at the same time, nearest to the original form of the God-dance». A propósito de Deyanira, hay que celebrar, pienso, que Segal no haya alterado demasiado (o suprimido) sus anteriores puntos de vista, cosa que nos permite valorar el contraste entre sus lecturas previas y las actuales; y que la voluntad de mantenerse «politically correct» no haya enturbiado apenas su radical honestidad crítica. No debemos olvidar, por ejemplo, que las nupcias de Deyanira y Héacles, constantemente rodeados por las fuerzas desatadas de una sexualidad elemental, no constituyen en modo alguno una unión burguesa, convencional ... Podría decirse que Deyanira, esta sólida matrona, vuelve a ser desflorada en el curso de la obra — pero por ella misma, y a golpes de espada. No es preciso adoptar la perspectiva de un feminismo radical para preguntarse qué clase de pensamientos asediaban el ánimo de Yole, en el lecho de Héacles dormido, la primera noche, tras la brutal destrucción de su patria; pero tampoco es preciso ser un filólogo eminente para recordar que la obra de Sófocles no ofrece el más mínimo indicio acerca de este particular, y que ni siquiera estamos seguros de que una perspectiva semejante ofreciera algún interés para el poeta o su público. Resulta una lástima que Segal haya sucumbido a la debilidad de preguntarse (como otros críticos lo hicieron antes que él) si Héacles resulta creíble «as the hero who commanded the love of Deianeira» (p. 47). La nota ajustada es otra, y la hallamos, por ejemplo, en la declaración (p. 49) de que la tragedia ofrece «a personal insight into a god-given destiny». Al fin y al cabo, frente a las preguntas más desesperadamente carentes de respuesta, las *Traquinias* no tienen otra cosa que ofrecernos más que el reflejo enigmático de nuestra propia perplejidad, de nuestra incertidumbre: κοῦδὲν τούτων ὅ τι μὴ Ζεὺς — la ambigua frase, mil veces discutida, que cierra la pieza. «Divinity seems to be both the key to life's mystery and the mystery itself». Pero si Sófocles no nos presenta una respuesta más clara — ¿no será, en definitiva, porque no la tiene? Respecto a otras interpretaciones anteriores, Segal presenta un claro progreso: no se le oculta el carácter horrible, siniestro, de las imposiciones del agonizante Héacles a Hilos, por más que llegue a esta conclusión por vías un poco singulares.

A propósito del *Filoctetes*, me parece que Segal tiene una intuición brillante, aunque luego no la explota a fondo: la herida pestilente y los gritos insufribles del héroe imposibilitan objetivamente las relaciones entre hombres y dioses. ¿Cómo no van a tener los griegos un argumento sólido y razonable para expulsar de su compañía al que no les consiente entrar en contacto con la divinidad? En el mismo orden de cosas, hay también algo que decir en defensa de Ulises, ese personaje que proclama que *νικᾶν γε μέντοι παντοχού χρηζών ἔφην* (v. 1052; esta frase no podía tener, en absoluto, para la ética agonal de los griegos unas connotaciones tan siniestras como para nosotros). ¿En qué pararía la magna empresa (en la que confluyen los designios de los dioses y la voluntad del destino) sin la plebeya, «innoble» tenacidad de Ulises? Éste ha asumido una tarea arriesgadísima y sin compensaciones; personalmente, no gana nada con el hecho de que Filoctetes acuda finalmente a Troya, incluso con la caída de la ciudad a manos de aquél y Neoptólemo ... Simplemente, como dice él mismo, *πρακτέα*~: «the thing must be done». Parece fatal que cualquier interpretación del *Filoctetes* nos deje, de un modo u otro, insatisfechos. En

realidad, el sentido del análisis de Segal (y quizá de mis propias objeciones) pueden sintetizarse en una aporía muy sencilla: la victoria más alta de Filoctetes constituye, al mismo tiempo, su peor derrota - ¿o conviene formularlo en los términos opuestos? Filoctetes no alcanzará la justicia que tanto anhela, tendrá que colaborar, de buen o de mal grado, con los enemigos que se han mostrado tan implacables con él ... De hecho, no perdona a nadie; permanecerá al margen de todos los demás (con la posible excepción de Neoptólemo), incluso al llevar a cabo su imprescindible tarea. «Yet the gods are not so far in the background as many interpreters have thought», nos recuerda Segal (p. 111). Pero la pregunta crucial sería: ¿Para qué necesita Filoctetes a unos dioses dispuestos solamente a «heal his wound at the price of help for his worst enemies» (p. 112)?

Las escenas finales de la Antígona constituyen, según Segal, algo de veras singular. Doscientos versos antes del final, aún esperaríamos cualquier cosa «más decente»: «a closing ceremony or a restabilizing gesture of communal dirge» (p. 131). Pero se desencadena una oleada «excesiva» de sufrimiento masivo: casi se podría afirmar que Tebas no sobrevive a sus últimos enfrentamientos. «Isolation replaces community, pollution replaces purification and disorientation replaces order». El lamento varonil, que alza un monumento conmemorativo a los guerreros caídos, se ve desbordado por la angustia, puramente destructiva, del llanto y desesperación de las mujeres.

Y así llegamos a la última parte: los cuatro capítulos consagrados a analizar aspectos diversos del *Edipo Rey* — el mito arquetípico (según recuerda nuestro autor) de la identidad personal en la cultura de Occidente. En más de una ocasión, Segal no parece lejos de avenirse a admitir que la extraordinaria, apabullante, perfección técnica del *Edipo Rey* constituye quizá la única respuesta concebible frente a los horrendos enigmas que la misma obra plantea. A Segal le es bastante fácil conceder la razón a J.-P. Vernant frente al freudismo poco matizado de D. Anzieu; pero su juego no sería tan fácil, tan claro, frente al mismo Freud. En todo caso, más que del complejo famoso, la tragedia me parece surgir de una interrogación en superlativo: entre todos los destinos humanos, ¿cuál puede ser el más miserable?; o, para formularlo en términos bíblicos: ¿cuál será el hombre que pueda decir de sí mismo, con la máxima propiedad: «ojalá no hubiera nacido nunca»? No resulta extraño que Sófocles, supremo artista del dolor (quizá el más grande que haya existido nunca, con el permiso de Dante), haya dado vueltas durante toda su vida en torno a esta historia.

El capítulo VIII constituye una buena introducción al tema del coro trágico; pero, naturalmente, es demasiado breve para debatir en profundidad una cuestión tan compleja. La discusión se construye, en cierto sentido, sobre la contraposición entre el segundo y el tercer estásimo: una visión muy solemne, profunda, angustiada, de la divinidad vs. la frivolidad, la incomprensión, la superficialidad y el autoengaño. Pero hasta ahora, que yo sepa, nadie ha ofrecido una explicación convincente acerca de por qué el Coro yerra aquí de un modo tan grosero. «Zeus' presence marks the greatest possible distance between mortal uncertainty and divine power and permanence» (p. 195). El poder, la soberanía de Zeus, desde luego, no constituyen precisamente una visión reconfortante; pero, en realidad, «divinity and eternity seldom do [so] in tragedy» (p. 196). En cuanto al último capítulo, el autor analiza todos aquellos sentidos supra-políticos «of earth that the king has failed to understand». Sin embargo, el hecho de vivir en comunidades «that depend ultimately on the earth's nurture» debería forzarnos a re-conocer nuestra sumisión a la tierra y al cielo, a los poderes celestes y subterráneos.

El universo sofócleo se nos manifiesta, pues, dominado por el sentimiento — intensísimo — de la fragilidad humana y la amenaza de un horroroso desquiciamiento general — amenaza conjurada siempre, pero siempre a costa del sufrimiento de algunos hombres escogidos. Los lúcidos análisis de Segal nos dejan una duda angustiosa: quizá todo el problema no gire más que en torno a una cuestión de ritmo: «of hope and despair, error and discovery, blindness and emerging truth ...».

JAUME PÓRTULAS